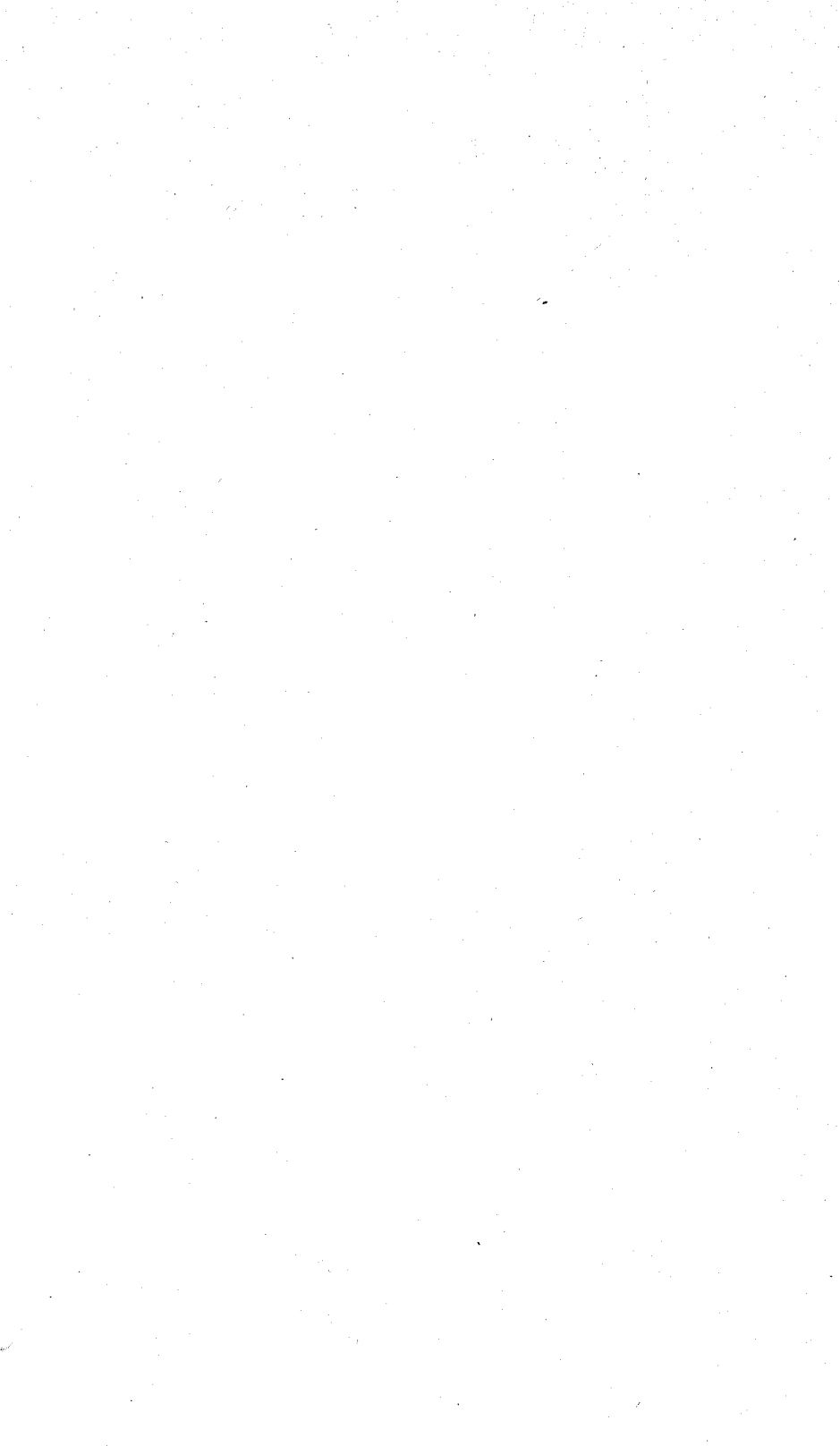


# Cómo se hizo el Quijote.

Por Francisco Navarro y Ledesma.





# CÓMO SE HIZO EL QUIJOTE

---

## Primera conferencia.

(29 de Abril.)

SEÑORAS, SEÑORES:

La obligación del cargo que el Ateneo, en dos cursos seguidos, me confió, me ha puesto ya algunas veces en el caso de inaugurar ó presidir sesiones en honor de muertos ilustres.

Hoy, por dicha, no venimos aquí á enaltecer á un muerto, sino á honrar á un vivo, más vivo que todos nosotros los que aquí estamos y que todos los demás que andan por ahí fuera: al Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que goza la vida eterna más apetecible, la del ideal que toma carne, la de la ficción que á la sangrante realidad se impone. Envidiemos á Don Quijote, veneremos su perdurable vivir y no vayamos á buscar á luengas tierras superhombres de trastrigo cuando tenemos al mayor de todos en casa...

Pero las alabanzas y jaculatorias á Don Quijote, ya se han encargado de cantarlas dos poetas amigos nuestros. Quien os habla (harto lo sabéis), no es más que un profesor de humanidades. Su oficio, algo semejante al del relojero remendón, consiste en desarmar las piezas, los rodajes y muelles que dan movimiento y apariencias de vida á toda obra literaria; averiguar cómo están hechas, cómo se hacen esas artificiosas ficciones que tienen el poder de endulzar nuestras horas y engañar nuestras pesadumbres. Por eso, es natural que os hable de cómo, cuándo, dónde y por qué

se hizo esa obra única de Don Quijote de la Mancha. Y para ello no podemos seguir otro método que el histórico, escudriñando en qué momentos de la vida de Cervantes se engendraron los primeros estímulos de la concepción quijotesca, cuando tuvo la nebulosa visión del héroe y la neta percepción del medio, cuando *vió* con toda claridad la idea del libro y fecundó esta idea y la hizo parir hechos, y la forzó á embutirse en la piel de los personajes y á hacerlos moverse, y fué sangre en sus venas, aire en sus pulmones, acero en sus músculos, fuego en su corazón, relámpago en sus sesos, rayo en su boca, y cuando, en fin, aquello que pedía el P. Granada, la hartura del corazón puso en las manos de Cervantes la pluma inmortal, la pluma que liberta sin sembrar muertes, como la espada; la pluma que redime sin derramar inocente sangre, como la cruz.

No fué la idea de Don Quijote una idea innata de Cervantes, sino una despaciosa creación de su trabajada existencia. Podemos señalar, sin embargo, en la vida de Cervantes varias ocasiones característicamente quijotescas, varios puntos liminares, varias sazones en que la realidad ante sus ojos presente, fué calentando la fragua donde había de forjarse el Quijote.

La primera visión quijotesca la tuvo á los dieciocho años, al volver de Sevilla y cruzar la Mancha y ver desplegar en guerrilla amenazadora los molinos de viento. ¿Quién ha pasado por la llanura manchega, que el ferrocarril recorre, sin sentir la emoción más fuerte, la que al conmovernos, nos lo explica todo? ¿Quién al ver descollar en el llano los perfiles de los molinos, al verlos mover los brazos locos no se ha explicado que la febril fantasía de Don Quijote viese en ellos los soberbios gigantes que tienen sojuzgado el mundo, y quién no ha aplaudido, lleno de heroica alegría, la bizarra decisión con que el Ingenioso hidalgo los acomete sin reparar en sus monstruosas fuerzas?

En la dilatada y áspera campiña, los molinos cortan el lejano horizonte, extraños, deformes, ilógicos, absurdos. Tal vez vemos al molinero que, trepando por las aspas para sujetar el velamen, nos parece una araña gigantesca prendida á su tejido; tal vez las aspas sin lienzo semejan los

tentáculos de un bestión apocalíptico, cuya cola, que es la guía ó pértiga con que se mueve todo el aparejo, arrastra por el polvo. Sí, moviéndose con el viento que arrasa la llanada, son los molinos algo imponente, como un ejército de exóticos seres caídos de otro planeta para conquistar el nuestro y esclavizar á los hombres, cuando están parados y sin velas, se nos antojan trágicas y temibles máquinas ó ingenios de guerra que en el campo quedarán clavados después de un sangriento combate en que miles y miles de hombres perdieron las vidas amadas. Sus figuras enhiestas se hierguen en el campo solitario como algo siniestro, como algo que insulta á la Naturaleza apacible y tranquila. Hemos de acercarnos á ellos, hemos de contemplarlos y examinarlos con ojos de miope para persuadirnos de que son unos sencillos artefactos que no encierran maldad alguna, para volver de nuestra insania y hacernos cargo de que son como los molinos las más de las cosas que nos espantan en la vida.

Cervantes se acercó á ellos, los vió de cerca, y mirando á los hórridos fantasmas trocarse en apacibles artilugios de pan moler, soltó una gran risa, una anchurosa carcajada creadora, prolífica, sin pensar, por su puesto, ni preveer que con ella formulaba el concepto fundamental de Don Quijote; sin columbrar que cuando un concepto universal como el de Don Quijote emerge de una sensación dolorosa ó placentera, de un sollozo anonadante ó de una carcajada homérica, ese concepto se eternizará y se endurecerá y hará callo en los cerebros por siglos y siglos.

Pero el Cervantes de los molinos de viento, aún no sabe, sino por figuraciones, lo que es el heroísmo de veras. Esto lo aprende seis años después en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados ni verán los venideros. Y primeramente, en la isla de Ulises, conoce que el héroe verdadero es un hombre de camino (Ulises y Eneas son los precursores de Don Quijote), y después, en el fragor del combate de Lepanto, sabe lo que es ser un héroe y lo es él mismo.

Veamos á Cervantes, navegando, como simple soldado del tercio de Moncada, á las órdenes del capitán Diego de

Urbina, en la galera *Marquesa*, cuyo patrón era Francisco de Santo Pietro, el día 15 de Septiembre de 1571.

Como naves cargadas de flores y frondas, al aire esparciendo los desmayados olores setembrinos, espesos del mosto que reventaba en los dorados parrales, las islas Jónicas parecían navegar de Albania á Sicilia, dudando entre la belleza de una y de otra costa. Caliente soplaba el aire de la Gran Sirte, hinchando las velas hacia el Adriático. Las galeras venecianas recorrían el mar Jónico y se acercaban al canal de Otranto, como quien abre la puerta de su casa para entrar en ella. El turco había doblado la costa de Morea; se le había visto desde Cefalonia y desde Zante. Prudentes los venecianos, aconsejaron á Don Juan tomar un reposo antes del ataque, y se encaminó la escuadra á Corfú, donde la gran ensenada ó laguna de Govino podía abrigar á la escuadra mientras se disponían los últimos apercebimientos.

La galera *Marquesa* navegaba alegremente por aquellos sitios. Entre los marineros y los hombres de guerra que llevaba, pronto escuchó Miguel un idioma que canto dulce parecía; certificó ser griego, y aun cuando él no lo entendía, luego, evocadas por tal música las bellas imágenes de la poesía antigua, le llenaron de contento. Divagando por entre una y otra isla, no tardaron las naves en llegar á la de Corfú. Inefable emoción inundaba el alma del joven soldado; Miguel va en la galera *Marquesa* mareado, asfixiado, comido de pulgas y piojos, asqueado por las groserías de la chusma, lleno de todas las aprensiones posibles, menos de miedo. Los héroes de leyenda, los bravos de atezado rostro, despiértanle un interés grande, pero que pronto, con el trato, se amengua y disminuye. Un héroe á diario es un sér insoportable.

En la galera, que tiene escasísimo tonelaje, van cientos de forzados, de marineros y hombres de armas. Miguel va deseando saltar á tierra, lavarse cara y manos, lujo imposible en aquellos recintos de tortura, y mover brazos y piernas. En estos pensamientos, la costa corfiota le aparece como una de las riberas del Paraíso terrenal. Acércanse á ella, y un pormenor, en que los demás no se fijan, extasia á

Miguel. Junto á la desembocadura de un manso río, solas mirándose en las aguas, dos olivas, una silvestre ó acebuche, de afiladas hojas, y otra machote, sin ingertar, de acarascada pinta, parecen dos amigos que se confían algún secreto. El paraje es tan sugestivo, que á Miguel le asalta un recuerdo clásico: el de la llegada de Ulises á la tierra de los Feacios, en el canto V de la Ulisea; y ya que no en griego, rumia en la traducción latina, que le enseñó el Licenciado Jerónimo Ramírez, ó que acaso leyera en Sevilla con algún alumno de la casa de Maese Rodrigo, los consoladores versos homéricos:

...duo autem inde subiit arbusta  
*ex uno loco enata, hoc quidem, oleastri, illud autem oleae....*

Y Miguel, con el estómago levantado y la cabeza vacilante, recuerda las fatigas del héroe griego, y como él considera providencial asilo la playa de Corfú. Después hace memoria, y cae en la cuenta de que su imaginación no era vana. Aquella playa es la playa misma de los Feacios, que acogió benéfica á Ulises el errante. Aquel río es el río donde lavaba Nausicaa, la virgen de los brazos cándidos... Allí, en un recuesto, se divisa el sagrado bosque de álamos blancos que los ascendientes del Rey Alcinoo advocaron á Minerva, la diosa de la sabiduría. La imagen del aventurero, del prudente Ulises, alborozó el corazón de Miguel. Pronto, tripulaciones y soldados saltan á tierra, y Miguel se regala el oído oyendo hablar el dialecto jónico, tal como en el banquete de Alcinoo lo cantaba ó declamaba Demódoco, el vate del viejo poema. La suavidad del clima jónico le baña el espíritu á Miguel, y las aguas del río caro á Nausicaa bañan su cuerpo.

Pero, por desgracia, los hombres del día no son como los héroes de la Iliada. La isla de los Feacios, Corfú en lenguaje moderno, es una bella isla donde se padecen continuamente cuartanas. Miguel cae enfermo con la calentura, y se traslada á la galera *Marquesa*. Allí se acurruca en un rincón, tiritita, se abrasa, delira, se encuentra solo entre una muchedumbre de soldados que juran, gritan, beben y á quienes no se les da nada que haya entre ellos un enfermo, ó dos, ó

ciento, porque están hechos á beber y vivir entre montones de cadáveres, y no tienen olfato ni cutis para las miserias ajenas ni para las propias. Sólo hay entre aquellos basiliscos un hombre humano y compasivo. Llámase Mateo de Santistéban, es de Tudela, en el reino de Navarra, hombre franco y de animoso corazón, alférez de la compañía aumentada en Nápoles al tercio de Moncada, la cual manda el capitán Alonso de Carlos. Santistéban atiende á Miguel á ratos; tal vez avisa á su capitán, Diego de Urbina, y este valiente alcarreño anima á su medio paisano el de Alcalá de Henares, cuya fisonomía no le es desconocida, entre las otras doscientas de los soldados á sus órdenes. Mas tanto Urbina como Santistéban tienen mando, y con él mil cuidados é incumbencias. Cervantes pasa lo más recio de la calentura solo y desamparado en su rincón, mal envuelto en una frazada, por donde las chinches pululan, y defendiéndose de las ratas, que de noche, y aun de día, en la obscuridad de la bodega, acuden á roerle las botas.

La fiebre y la impaciencia abrasan á Miguel. Un día y otro oye noticias de los movimientos de la armada. Los soldados viejos hablan poco de esto y mucho de vino y de pendencias. Los bisoños disparatan lindamente, y mal disimulan el miedo que va invadiéndoles al sentir acercarse la acción. Miguel no sabe en qué día vive ni qué hora es. Amodorrado y enflaquecido, le sostiene la esperanza, la fuerza misteriosa que guía las escuadras y los mundos.

Una mañana, la del 7 de Octubre, tremenda algazara se escucha á bordo. Como de costumbre, los soldados dejan solo á Miguel en su rincón, pero pronto los ve tornar apresurados, pálidos unos, rojos los otros, llameantes las pupilas, los pasos trémulos, las manos torpes. ¡Arma, arma! son los gritos que suenan. El ataque ha llegado. De pronto las cuerdas del barco crujen, todo el maderamen tiembla y un rosario de estampidos anuncia que la *Marquesa* acaba de disparar su primera andanada. Miguel, suelta la manta, se encasqueta el acerado morrión, va en busca de su arcabuz. Las piernas le flaquean, la cara tiene amarilla como un desenterrado.

Sobre cubierta, tropieza con su capitán, con el alférez



Santistéban, con otro alférez montañés que Gabriel de Castañeda se llama. Todos, al ver aquel soldado amarillento y ojeroso, desencajada la faz y turbia la vista, le dicen que se resguarde y ampare bajo cubierta, pues no está para pelear. Pero Miguel, ha visto ya el fuego, ha respirado el humo, ha olido la pólvora. La ocasión es única, la muerte nada importa. Caen acá y allá muertos y heridos. Gritan á una *¡a-vante! ¡bo-ga!* los forzados en sus bancos. Estampidos que no se sabe de dónde salen aturden las orejas y enardecen los ánimos. Miguel, no quiere volverse á su rincón. Miguel es un hidalgo, tiene vergüenza, osadía le sobra. *¡Qué dirían dél, que no hacía lo que debía!* Son sus mismas palabras. Miguel, excitado por la fiebre y por el peligro, endereza á sus amigos y jefes un pequeño discurso que nos ha transmitido el alférez Gabriel de Castañeda con la calmosa puntualidad de los montañeses:—«Señores—dice el Ingenuo hidalgo de Alcalá,—en todas las ocasiones que hasta hoy se han ofrecido de guerra á Su Majestad y se me ha mandado, he servido muy bien como buen soldado, y así ahora no haré ménos, aunque esté enfermo y con calentura; más vale pelear en servicio de Dios y de Su majestad y morir por ellos, que no bajarme so cubierta. Póngame vmd., señor capitán, en el sitio que sea más peligroso y allí estaré y moriré peleando.» Con estas quijotescas palabras, Miguel muestra el gesto y ademán de los héroes antiguos, que no deja lugar á réplicas. El capitán alcarreño, Diego de Urbina, que ya iba aficionándose á su medio paisano, menea la cabeza pesaroso y, como quien abandona á la destrucción una valiosa prenda que aún podría servir de mucho, manda á Miguel colocarse en el lugar del esquife con doce hombres. ¿Por qué se distingue á este soldado de los otros y en el momento del combate se le confía un mando, siquiera sea tan pequeño? ¿Qué hay en sus ojos, en sus palabras ó en su apostura y planta?

Cumpliendo sin vacilar las órdenes de Urbina, va Miguel á ocupar su puesto. Desde allí se otea y divisa el lugar de la batalla y por entre los girones que en nubes de humo se abren á ranchos, se ven las tajantes proas, los amenazadores espolones, los ganchos y puntas de fierro con que unas

galeras tratan de engarrafar á otras para el abordaje. Miguel ve pasar, envuelto en un nimbo de fuego y de humo, volando en *ligero* esquife sobre las aguas, *mensajero* de la victoria, el colorado y rubio rostro *surgiendo* bajo el casco argentino, un hermoso *mancebo* semejante al arcángel San Miguel, que adorna como una llama de oro, de sangre y de plata los retablos góticos. Es el Señor Don Juan de Austria, la espada desnuda, cuyos gavilanes de oro relumbran al sol en la diestra, y en la siniestra el crucifijo de marfil y ébano. Va gritando oraciones ó blasfemias, va incólume, impávido, sereno, presentando el pecho á las balas que cruzan el aire y se estrellan en las bandas ó se hunden silbando en las aguas verdosas, pesadas del golfo. Todos los hombres de guerra le miran, todos tienen fe en él, y su arcangélica aparición les excita y les embravece.—¡Víctor, víctor el Señor Don Juan!—gritan enronquecidos y fieros los españoles. Los aguerridos venecianos callan absortos. Nunca vieron tanta audacia en tan pocos años.

Pronto la visión desaparece y el mar pare nuevas y nuevas bandas de galeotas turcas que, en cerrado escuadrón, van acercándose. Ya se oyen distintos y claros en ellas los gritos de los cristianos que van al remo. Son griegos, italianos, españoles que reman con furia, sin que hayan menester en tal sazón los rebencazos crueles del cómitre. Más de los turcos quisieran quizás, se acercan sus naves á las cristianas. De los bancos ocultos salen hacia la escuadra de la Liga voces angustiosas de ánimo y de súplica.—Aquí estamos, cristianos somos, sacadnos del cautiverio. ¡Por Cristo! ¡Por la Virgen María! *Por la Santa Madona*—y al compás de los gritos los pechos jadean, fatigosos.

Los ávidos ojos de Miguel ven entonces «embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso; las cuales, enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado (y este soldado es él mismo, que treinta años después lo contaba) más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de

los pies iría á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar, que, apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar, y si éste también cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes; valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. ¡Bien hayan—seguía pensando Miguel, al verse en este trance que, como quien por él ha pasado, contó,— bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería... la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizás huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos!»

Y así, como él mismo lo contaba y nadie mejor que él, sucedió punto por punto. Con la extraña acuidad y lucidez que la fiebre alta y el peligro y cercanía de la muerte comunican á todos los espíritus, recorrió Cervantes en aquella alta y memorable ocasión, la mayor que han visto los siglos, todo cuanto había discurrido, proyectado y soñado en su corta vida; cruzaron por su mente las ilusiones de la gloria, los halagos de la fama poética, tal vez se acordó del estudio de Madrid, tal vez le aparecieron juntas á la fantasía la tierna imagen de la reina Doña Isabel y el bonachón semblante del maestro López de Hoyos, la bella é incitante figura de su hermana Andrea y el monástico perfil de su hermana Luisa. En medio de estas imaginaciones, un golpe recio y un intensísimo frío le paralizaron la mano izquierda. Miró Miguel y vió que de ella le manaban chorros de sangre; pero aquello era poco. Sin retorcer labio ni ceja, sufrió el dolor de la herida. La calentura y el orgullo le sos-

tenían en su puesto, no menos que la curiosidad y el ansia de ver cómo terminaba, si terminaba el combate.

Sin duda no vió que frente á él, en la galera turca que á la *Marquesa* acometía, dos pares de ojos traidores acechaban á aquel soldado, á quien herido en la mano veían é impertérrito en su lugar. Dos balas al mismo tiempo disparadas de sendos mosquetes buscaron el pecho de Miguel, y casi le derribaron por tierra... Roja nube le cubrió la vista y un rato le privó del sentido.

Escuchad como lo cuenta él mismo:

«...En el dichoso día que siniestro  
tanto fué el hado á la enemiga armada  
cuanto á la nuestra favorable y diestro,  
de temor y de esfuerzo acompañada,  
presente estuvo mi persona al hecho,  
más de esperanza que de hierro armada.

Vi el formado escuadrón roto y deshecho  
y de bárbara gente y de cristiana  
rojo en mil partes de Neptuno el lecho.

La muerte airada con su furia insana  
aquí y allí con priesa discurriendo,  
mostrándose á quién tarda, á quién temprana.

El son confuso, el espantable estruendo,  
los gestos de los tristes miserables  
que entre el fuego y el agua iban muriendo.

Los profundos suspiros lamentables  
que los heridos pechos despedían  
maldiciendo sus hados detestables.

Helóseles la sangre que tenían  
cuando en el son de la trompeta nuestra  
su daño y nuestra gloria conocían.

Con alta voz de vencedora muestra,  
rompiendo el aire, claro el son mostraba  
ser vencedora la cristiana diestra.

A esta dulce sazón, yo triste estaba,  
con la una mano de la espada asida  
y sangre de la otra derramaba.

El pecho mío de profunda herida  
sentía llagado, y la siniestra mano  
estaba por mil partes ya rompida.

Pero el contento fué tan soberano  
que á mi alma llegó viendo vencido  
el crudo pueblo infiel por el cristiano,

que no echaba de ver si estaba herido,  
aunque era tan mortal mi sentimiento  
que á veces me quitó todo el sentido...»

Aunque muy engolfado en el combate, bien le vió en una de estas veces el capitán Diego de Urbina, y, sin acercársele, creyéndole muerto, movió triste la cabeza, y tal vez, entre orden y orden, musitó un *pater noster* por su pobre compatriota. La galera *Marquesa* había sufrido mucho en el combate. Su patrón, Francisco de Santo Pietro, cayó muerto, y con él muchos hombres de la tripulación y no pocos soldados de los viejos y de los bisoños. Miraba Cervantes, herido, caer aquellos hombres atezados que parecían fortalezas, y él mismo no se creía vivo. Quizás todo aquello era un sueño de la fiebre. Asordado por el tronar de la artillería, y medio cegado por el humo y el fuego, veía, insensible, pasar, como fantásticas sombras, las grandes masas de las galeras, y los contornos de los soldados peleantes le parecían empequeñecidos, como figurillas de retablo. Todo debía de ser mentira, una bella y épica mentira como los combates de la Iliada.

De su estupor y eretismo nervioso le sacaron los ecos triunfales de los claros clarines que proclamaban por donde quiera la victoria; la gritería de los cinco ó seis mil soldados que en las galeotas turcas remaban, y que al verlas invadidas y abordadas por cristianos prorrumpían en voces de júbilo y de alabanza á santos y vírgenes. Por cima de todos los gritos sonaba, ronca ya, honda, vibrante, la voz española, proferida por españoles é italianos:—¡Víctor, el Señor Don Juan! ¡El Señor Don Juan, víctor!

La alegría pudo con Miguel más que el sufrimiento y le derribó en tierra, exhausto, aniquilado, medio muerto...

Tras aquel día de gloria vinieron otros muchos de abatimiento y pobreza; pero ¿no se vé claro cómo lo que más estimaba Cervantes en su vida fué su heroica hazaña de Lepanto? El paso de la suma gloria de Lepanto á la miseria suma del cautiverio de Argel, da á Cervantes la medida justa, la exacta proporción de lo que pudiéramos llamar la *quijotez* de la vida humana.

Como soldado en Lepanto, en la Goleta y en Túnez, hay

veces en que es Cervantes grande como Aquiles, como Rolán y como el Doncel del Mar Amadís de Gaula, y veces en que es chico y pobre, desarrapado y roto, vecino del hampa y rondador de la picardía, sin pasar los umbrales de lo ilícito, como el soldado Miguel de Castro, como Alonso de Contreras, como el alférez Campuzano, como el escudero Marcos de Obregón. El cautiverio de Argel le hace mañero y avisado como el cautivo Ruy Pérez de Biedma. En las intencionas y en los conatos de fuga y de liberación, su alma se temple y se agiganta, llega á una sublimidad evangélica. Tras cuatro ó cinco intentos de escapar, tras cinco años de cautivo, tras cien albures en que lo perdió todo, menos la cabeza, allá en 1580 se halló en el baño de Azanbajá con su argolla al pie, con su cadena arrastrando.

Veía las pasiones que le circundaban; caíansele de los ojos las escamas, y pensando ser imposibles las soñadas caballerías y viendo cómo la humanidad se daba prisa á vivir bien ó mal, pero á vivir ante todo, fuera como fuese, recordó la misteriosa muerte de Don Juan de Austria, sobre la cual se oían los más peregrinos comentarios, pensó también en los muchos cautivos, algunos de ellos caballeros ilustres de muy rancia nobleza que en el cautiverio habían sido como hermanos suyos, y que, libres, no volvieron á acordarse de él ni á darle señales de vida siquiera...

Todo esto merecía meditarse largamente, y meditándolo se hallaba un día Miguel, cuando, tal vez en un cacho de espejo roto, tal vez en una bacía de agua clara, vió reproducida su figura, larga, amarilla y ojerosa, con una expresión melancólica y desengañada que jamás antes tuvo, y rompiendo en una bella, en una heroica y homérica risa, se le ocurrió llamarse á sí mismo *el caballero de la Triste Figura*, en memoria del *caballero de la Ardiente Espada* y de los demás sobrenombres y altisonas apelaciones de los hijos y descendientes de Amadís.

Esta segunda risa de Miguel, consecuencia y repercusión de aquella gran carcajada que soltó ante los molinos de viento al volver de Sevilla, fué otro salto hacia la inmortalidad. La risa después del llanto ó de la tristeza, redime á los hombres del cautiverio del olvido y hace sus nombres

eternos. Muerto estaría Homero, á pesar de todos los arrestos de Aquiles, si no tuviese en lo más sangriento y encarnizado de sus estrofas un poco de aquello que él, con divina sencillez, puso en labios de Andrómaca al ver el espanto de Astianax, que se atemorizaba de su padre Héctor; aquel *dakruóen guelásasa* (entre lágrimas riendo), es el secreto de los grandes. La creadora llanura de la Mancha, el fecundo baño de Argel, pusieron en labios de Cervantes la risa redentora que de las lágrimas emerge, como la misteriosa nereida de las aguas hondas de la gruta.

Libre por fin y restituído á la patria, cumplidos los treinta y tres años, abrió su corazón á nuevas esperanzas quijotescas, y acuciado por la necesidad, no vaciló ni un momento en pedir recompensas de sus servicios. Acaso creía quijotescaamente que de ellos debía tenerse ya particular y elogiosa noticia en la Corte. Ya sabía él, como Don Quijote, que las hazañas en que los caballeros prueban el ardimiento de su corazón y la fortaleza de su brazo, ofrecen galardones de imperios y coronas; ya sabía, como Sancho, que la obra hecha la paga espera, y que por pan ó por al baila el can. Años habían de transcurrir antes que se persuadiera de que en España tan iluso es Don Quijote aguardando coronas, como Sancho esperando ínsulas; años habían de pasar antes que se contentase con alguna bacía de barbero, con algunas alforjas de fraile, con algún olvidado maletín de loco por toda ganancia y botín de sus andanzas en el mundo.

Cuando se persuadió de que las recompensas no llegaban, buscó ocupaciones, compuso versos y novelas pastoriles y comedias heroicas y se casó, en Esquivias.

Allí conoció á un pariente de su mujer, llamado Alonso Quijada de Salazar, tío de doña Catalina de Salazar Palacio Vozmediano, por parte de su padre.

Quiere una tradición infundada que fuese Alonso Quijada de Salazar quien se opusiera á los amores de ella con Miguel. No es creible tal aserto. Bastaba el espíritu mezquino de los Palacios para oponerse, si hubo oposición, como lo hace pensar la desconfianza mostrada por Catalina, la madre, respecto de su yerno el soñador Miguel, pues-

to que dejó pasar dos años del matrimonio de éste sin cumplir la promesa de dote. Y si parece probable y verosímil, en cambio, que el D. Alonso Quijada fuese, como la familia de Salazar, un hidalgo dado á la lectura de caballerías y un tanto alucinado por ellas, quien sirvió de primer boceto ó de dato sugestivo á Miguel para su más grande creación. Es ridículo é imbécil suponer que Miguel no amaba á Don Quijote, y creer que se propuso construir una figura grotesca para burlarse de un pariente que se opusiera á su boda. No es, en cambio, desatinado imaginar que en tal ó cual parte de la figura recordase al bueno é iluso hidalgo Alonso Quijada de Salazar, muerto ya cuando se publicó el *Quijote*, y que no lo hiciera movido por ruin afán de sátira personal, sino al contrario, deseoso de fijar un grato y amable recuerdo.

No fué, pues, el Alonso Quijada de Esquivias el modelo de Don Quijote ni los principales tipos de la obra, ni el ambiente de ella lo vió Cervantes hasta que en 1585 volvió nuevamente á Sevilla para comisiones particulares, antes de ser empleado como comisario para el abastecimiento de flotas, y perdidas en alguna parte sus dos grandes ilusiones: la de las armas y la de las letras.

Volver á Sevilla es algo con que sueña todo el que allí ha estado una vez. No hay que decir el gusto con que Miguel volvía, ganoso de paladear lo que, siendo casi niño, le rozó los labios apenas. No hay tampoco manera de ponderar el placer con que tornaba á la vida sabrosa del camino, después de haber corrido por tantas y tan diversas vías, ni el buen humor y alegre talante con que regresaba al hato de los arrieros y á la risueña estrechez de las posadas y mesones.

Aquellos venteros gordos y pacíficos, cuyas hijas miraban medio serias, medio burlonas al estropeado hidalgo que las requebraba gracioso; aquellas mozas del partido que iban camino de Sevilla incesantemente para pasar á las Indias pródidas, donde faltaban mujeres; aquellos muchachos que machacaban el camino, con los zapatos al hombro y la media espada al cinto, cantando la vieja copla:

A la guerra me lleva  
mi necesidad...



aquellos ladrones en cuadrilla que llevaban en el pecho la S y la H de los cuadrilleros de la Santa Hermandad y en el alma todas las raterías sabidas en el mundo y otras muchas nuevas; aquellos golosos de uñas de vaca que parecían manos de ternera ó manos de ternera que parecían uñas de vaca; y las mozas retozando y pisando el polvico á tan menudico ó pisando el polvó á tan menudó, y los frailes de San Benito caminando en mulas grandes como dromedarios y los escuderos vizcaínos y los negros pegajosos y los estudiantes capigorriones de las Universidades chicas, dándola de esgrimidores y ergotizantes y toda la inmensa é indisciplinada masa popular que al través de España se movía, sin saber de cierto por qué ni para qué, aquello sí que era la verdadera imagen del mundo. En cada hombre y en cada mujer podían hallar los ojos sagaces una novela ó un drama harto más interesantes que cuantos se escribieran hasta entonces. El mundo era el grande y el único teatro; la vida, la única gran novela.

Miguel notaba cuán lejos se hallaba todo ello de la corte y de su vida engañosa y artificial, mezquina y limitada. Al cruzar la llanura manchega, los molinos de viento le saludaban con sus aspas andrajosas, le sonreían con sus puertas-bocas abiertas, le guiñaban con sorna uno de sus ojos-ventanas. A un arriero ó á un caminante le oyó cantar el anti-guo son de *La niña*, con letra más apicarada y graciosa que nunca:

La niña  
cuando me ve, me guiñá:  
la llamó  
se me viene á la manó:  
la cojó  
debajó del embozó  
la digó  
cara de sol y lunaá  
vente conmigó...

y la voz ronca y hamponesca añadía, tras una pausa, la coletilla

que no eres la primeraá  
que se ha venidó...

¡Oh, vida alegre, canciones del camino, con qué ansias os sorbía Cervantes y cómo le hacíais recordar primero las negruras de su cautividad, después, los hermosos días de Italia!

En el camino y en los más bajos y miserables menesteres pasó Cervantes diez años y entró en el otoño de la cuarentena. En estos años, la decadencia de España fué tan rápida, tan enorme, que saltamos desde las glorias épicas de Lepanto, hasta las vergüenzas míseras de la Armada invencible. El antiguo soldado de don Juan de Austria miró con lágrimas en los ojos, cómo las liadas de antaño iban trocándose en Batracomiomaquías ridículas, y cómo el siempre vencedor Amadís se convertía en el siempre apaleado don Quijote.

En tanto, Cervantes era comisario de flotas y andaba por Ecija, Montilla, Castro del Río, por los reinos de Sevilla, Córdoba, Jaén y Granada ¿perdiendo el tiempo?, no; elaborando su obra inmortal, sin pensar en ella.

Los ciegos y sordos, que hablan de Cervantes sin amarle y sin haber pensado en él y en las circunstancias de su vida, sino sólo por darse lustre ellos y echárselas de literatos, suelen maldecir la temporada larguísima que pasó Miguel arbitrando trigo y aceite para la escuadra y cobrando atrasos de alcabalas y tercias. Los que tal piensan, no comprenden que la ciencia de la vida, ella misma la enseña y no ningún maestro, y que sin estos años de ires y venires, de malandanzas y venturas de Miguel por los pueblos, aldeas, cortijos, ventas y caminos y trochas de Andalucía, no tendríamos *Quijote*, de igual modo que no tenemos hoy otros literatos dignos de estimarse por hijos de Cervantes, sino los que han andado en su juventud ó andan ahora por trochas, caminos, ventas, cortijos, aldeas y pueblos. La vida es una peregrinación: quien no camina, ¿qué sabe de ella?, y quien no sabe de ella, por mucho talento que haya, ¿podrá hablarnos de algo que nos interese?

Cervantes había conocido ya la humanidad heroica en Lepanto, la humanidad alegre y libre en Italia, la humanidad trágica y feroz en Argel, la humanidad cortesana y culta en Lisboa y en Madrid; pero aún no había hecho sino

entrever la humanidad corriente y moliente, la de todos los días, la que formaba y forma la cantera grande de la nación, y también esa pequeña, retirada, angosta y engurrufada humanidad, que vive recoleta en el rincón de un pueblo y que no sale jamás de él; pero sin salir de él, como la carcoma en su viga, roe, trabaja, comunica á los de fuera sus aprensiones, egoísmos y cicaterías.

Allá, en los últimos rincones de la miseria, tuvo que meterse el comisario de provisiones de la Armada, huronear y fisgar hasta el más mínimo grano de trigo, sorber y chupar hasta la más escondida gota de aceite en el más obscuro condesijo ó alacena. Mandábasele clara y terminantemente que lo husmease todo, que rebuscase, inquiriera y requisase hasta las más defendidas moradas, que recogiese hasta los rebojos de todo bien privado y público, que se entrometiese hasta en los bienes sagrados de la Iglesia. Preveníasele que había de *ir con vara alta de justicia*, visitar á los cabildos ó Ayuntamientos y corregidores de cada pueblo, exigirles un repartimiento entre los vecinos; si no le tenían hecho, hacerlo él y procurar, percancear, lograr y arramblar con todo trigo, cebada y aceite que hubiera útil para el servicio de Su Majestad.

¿Tenéis claró concepto de lo que era *ir con vara alta de justicia*? Ir con vara alta de justicia era presentarse á caballo y con un bastón ó junco de mando en las aldeas, como alguacil que va persiguiendo un delito ú olfateando criminales: era llevar consigo cuatro ó cinco ó más corchetes ó porquerones que, naturalmente, serían individuos de lo más abyecto y zarrapastroso del hampa, gente hecha al remo y al azote, exayudantes de alguacil y de verdugo, despedidos y echados de tan honestos oficios por la longura de sus uñas, borrachos, rufos y jaques: era presentarse con todo este tranquilizador aparato y santa autoridad en un pueblecillo pacífico, donde los hombres andaban al campo á arar cantando la gañanada, y las bestias *estudiaban* apaciblemente en el prado ajeno y las mujeres hilaban, hacían pleita, labraban ropa ó cosían ó rezaban horas en la iglesia ó convento, y los frailes y clérigos se paseaban al sol y los alcaides y regidores preparaban con reverenda calma sus

cohechos y granjerías: era entrar en este pueblo sosegado, en donde cada cual iba trampeando su existencia como mejor podía, sembrar la intranquilidad y el desasosiego, romper la monotonía de las horas, requerir á los concejales y alcaldes á que tomasen resoluciones que lesionaban sus intereses y les indisponían con sus convecinos, amigos y parientes, imponérseles, si resistir osaban, en buena ó mala forma, acudir á la cilla ó pósito, donde se guardaban los granos y á los graneros y cámaras de los particulares, mandar que se abriesen las puertas y si no las habrían de buen talante, echarlas abajo, forzando cerraduras ó rompiendo tablas, entrar en el granero ó en la almazara, ó en el almacén de aceite y, obligando y conspuyendo á los medidores del pueblo, envasar el aceite en corambres traídas de otro lugar, porque allí no se encontraban, y el trigo en jerga prestada por los molineros lejanos, sacar á los tremulentos y llorosos labradores, aquellos pedazos de su corazón y frutos de sus entrañas y logros de sus sudores, que hanegas de trigo y arrobas de aceite se llamaban, dejándoles, por todo consuelo, un papel donde el comisario, en nombre de otro, y éste en nombre del proveedor, y éste en nombre de Su Majestad, que todos tenían merecida y justa fama de malos pagadores, prometían pagar por aquellos frutos, cuando fuera posible, la cantidad que ellos mismos habían fijado. Era, después de todo esto ó antes, buscar por los alrededores, si los había, arrieros ó carromateros que acarreasen lo sacado y lo llevasen hasta Sevilla. En pos de las reatas y de los carros iban las lágrimas y las maldiciones de todo un pueblo despojado de su riqueza, los ayes de las mujeres, las excomuniones de los clérigos; y el blanco de todas las iras era el maldito comisario, ángel malo que había traído al pueblo la destrucción y la rapiña.

De aquí se sigue que en muchos pueblos, en los más, el comisario no encontraba cama para dormir, cena que comer, ni aun casa donde albergarse. El inspector del timbre, el investigador de la riqueza oculta, el ingeniero de montes que hoy andan recorriendo España en cumplimiento de sus deberes, saben algo de esta terrible y medrosa hostilidad con que el pueblo recibe siempre al forastero, cuya cara

desconoce, cuyo lenguaje no entiende bien, porque le falta el peculiar acento de la tierra. Esos únicamente podrán conocer é inferir lo que pasaba á Cervantes en los pueblos á donde iban *con vara alta* y no á anunciar un peligro más ó menos lejano, sino á llevarse en el acto y sin dilación y sin pagar las esperanzas y las realidades del pueblo.

El pequeño propietario rural es siempre y de juro tiene que ser un hombre desconfiado y aprensivo: más entonces, cuando sobre ser terrateniente era un *hidalgo*, lleno de pretensiones y de orgullo. Solía ser además un hombre de escasa cultura, de cortas luces, á quien lo mismo daba hablarle del Rey, de las empresas guerreras acometidas por honra y necesidad de la nación y de la reunión de la escuadra Invencible contra el poder y soberbia de los ingleses, que cantarle las coplas de Calainos. ¿Qué sabía él de si había barcos ni qué le importaba lo que hiciese Inglaterra?

Para llegar hasta el pueblo aquél de las sierras sevillanas ó granadinas, mucho tenía que andar el inglés. En cuanto al Rey, el hidalgo no le debía más favor sino haberse llevado los hijos á la guerra, haber subido las alcabalas, las tercias, el chapín de la Reina y todas las tallas y tributos, y quizás haber enviado por el pueblo una compañía de soldados que entre sus plumas y sus correaes se llevaran enredadas las mejores gallinas del corral y el honor de la hija moza...

Pongámonos en el caso de este hidalgo y pensemos que este hidalgo vive en Ecija y se llama D. Gutierre Laso. ¿Quién sabe lo que es llamarse D. Gutierre Laso, y no haber para la manutención de tal nombre y de tal apellido más de noventa y seis fanegas y media de trigo en la troje, extraídas trabajosamente de la tierra árida y avara de Ecija, donde todos los veranos los trigos se asuran con el excesivo calor que hace llamar al pueblo *la sartén de Andalucía*? ¿Quién imaginará la pena y la rabia que se apoderarían de D. Gutierre Laso al ver á aquellos caifases que con Miguel de Cervantes iban, entrar en su granero y llevarse le las noventa y seis fanegas y media de trigo, á la tasa puesta por el proveedor de Sevilla, de diez reales y medio la fanega? Por muy ignorante y apartada vida que D. Gu-

tierra Laso hiciera, llegó hasta sus oídos la especie; que en aquellos tiempos no necesitaba casi nunca confirmación, de que el licenciado Diego de Valdivia, encargado por el proveedor de las galeras de recoger el trigo y la cebada, no tenía un maravedí para pagarlo, ni se veía medio de que lo abonase en manera alguna. Aquello, pues, llevaba trazas de no cobrarse jamás, y el cuitado hidalguelo preveía una serie larga de días y meses en que habría de ayunar, y no por santidad ni devoción, y sus macilentas facciones á pura necesidad, se maceraban y ennoblecían, y sus mejillas se enflaquecían, y se aguzaba su mentón y sus manos se afilaban, hasta tomar todo él ese espiritado aspecto de los señores de la época, que, entre desmayos de hambre y vértigos de debilidad, les conducía á las altezas del más acendrado misticismo.

Estas malandanzas de Cervantes duraron, por lo menos, hasta 1593. Entonces, hallándose cesante, su ingenio se aguzó y sutilizó hasta un punto extremado, inverosímil. Fué el autor del Quijote, el más ilustre y el más genial de los ilustrísimos y genialísimos cesantes españoles, y lo que en ellos han sido arbitrios disparatados, en él fué la más original creación de nuestra raza, la que él vislumbró en Sevilla, en el corral de los Olmos. Cuando se ahonde en la Psicología del *cesante* español, cuando se estudien á fondo sus maravillosas ideas, las estupendas creaciones que la cesantía y el flato le sugieren y que serían bastantes para engendrar un mundo nuevo de sistemas filosóficos, una Política y una Economía originales y una Etica inaudita, se comprenderá que si los más valientes pensamientos redentores de España se han malogrado en las mesas de los cafés y se han disuelto entre la humareda y el vaho apestoso de los colmados, no podía salir un libro-resumen ideal de España como es el Quijote, sino de la imaginación de un cesante como Miguel de Cervantes y de un sitio medio colmado, medio merendero como el corral de los Olmos.

El corral de los Olmos, junto á la Catedral, era uno de esos lugares de holgorio donde se reúne gente de toda laya y alternan caballeros con ladrones y gente principal con perdigachería ambulante. Recinto cerrado, pero de entrada

llana y de puerta abierta á todas las horas del día y entreabierta por la noche, siempre había sido punto de cita para los famosos mojones de Andalucía que por el olor, á cierra ojos, diferenciaban el mosto de Alanís del de Guadalcanal; para los blancos y negros jugadores de las dos, de las cuatro y de las doce, alzadores de muertos y corredores de la raspa; para los valentones y matantes que pregonaban cabezas y rebanaban narices, sin más tretas que las de la esgrima vulgar y común, así apellidada con menosprecio por los tratadistas que ya empezaban á salir, teorizando la práctica de las espadas negras; y, en fin, para chalanes, belitres, vergantes, corchapines, bujarras y gentualla como la que denotan tales y otros muchos nombres conocidos y desconocidos por Juan Hidalgo, el exlicógrafo de la germanía.

En tres corrales venía entonces á reunirse lo mejor y lo peor de Sevilla: uno, este corral de los Olmos; otro, el corral de los Naranjos, único que aún existe y no es sino un patio de la Catedral, la que se entra por la puerta árabe del Perdón y en donde aún se ve el púlpito á que tantos predicadores y maestros subieron para evangelizar á aquella sociedad más corrompida que la presente, ó lo mismo, por lo menos; y otro, era el corral de D. Juan, donde se representaban las comedias, sitio de muy reciente boga.

De uno á otro de los corrales iba Miguel desocupado, mientras aguardaba que el nuevo proveedor de las galeras, que lo era interinamente y después lo fué en definitiva, el contador Miguel de Oviedo, le encargase algunas comisiones. En el Corral de los Olmos ó á sus tapias, se habían refugiado desde el anterior año de 1592, en que se derribaron los poyos de las Gradass, muchos de los baratilleros, cantadores, tenedores de tablas y de naipés, que antes se encostraban en la Catedral. En sus tiempos ociosos vivía Miguel, en cierto modo, la vida de esta gente, para la cual no había horas fijas, comida segura, ni sueño suelto y sin aprensiones.

Sentado en un banquillo ó apoyado en la pared, dejaba que su gran espíritu divagase en la atmósfera tibia y aromosa de la primavera sevillana. Examinando su vida en

aquellos momentos de laxitud, los más fecundos para el artista que en ellos entrevé los indecisos contornos de sus creaciones, iban formándose, de una manera misteriosa y arcana en el alma de Miguel, ya en procesiones graves y pausadas, ya en desenfrenados aquellarres, las estantiguas y soñaciones de las figuras que bajo su pluma habían de adquirir vida inmortal. La verdad sangrienta y desgarrada se le ofrecía en el Corral de los Olmos, roncando porvidas y ceceando valentonescas ponderaciones: la honda verdad humana que es de todos los tiempos, iba desentrañándola en la consideración de su agitada existencia, en el recuerdo de sus muertas ilusiones y de sus desvanecidos embaiamientos.

Mentiras y ficciones eran, en realidad, como las tretas de los matantes y como los floreos de los tahures y como las borracheras de los mojonos y como las gachonerías de las daifas del Compás, los demás alicientes que en competencia con el Corral de los Olmos, ofrecían el de los Naranjos y el de D. Juan. La verdad habitaba en el interior del hombre, según el dicho santo, y allí era forzoso buscarla: y al pensar así, Miguel recordaba la milagrosa fragancia que los vecinos de Ubeda habían olido en el cuerpo putrefacto de San Juan de la Cruz. La ilusión fraguaba el vivir externo y muchas gentes no tenían otro. La vida interior comenzaba á laborar en los espíritus, no para dar frutos de hechos, sino para acabar con la acción, para aniquilar *lo otro*, la materia, el *asnillo* del Santo. ¿Qué era, pues, la vida?

A las reflexiones acumuladas por Miguel en sus interminables y disgustosos días de Ecija, mientras el tamillo de la zaranda volaba como polvo de oro por el sol cernido en torno suyo, sucedían sus pensares de desocupado en el Corral de los Olmos, entre el ruido y turbamulta de la gentuza sevillana: y en el límpido cielo á veces, á veces en un rincón penumbroso de la taberna, cuándo bajo la sombra de los copudos olmos, tristes como todos los árboles de merendero en cuyo corazón se meten arteramente clavos cuelgacapas y prendegorras, y cuyo follaje ensucia la polvareda del baioteo, veía Miguel abocetarse y diseñarse, aún como transparentes sombras, de su propia vida surgiendo, la figura del



caballero vagabundo que pensaba reconquistar la muerta edad de oro, revivir los siglos dichosos en que las ilusiones se realizaban, como en la frontera catedral se había cuajado en piedra y parecía sostener la bóveda del cielo la andaluzada de aquel canónigo que dijo: «Hagamos una iglesia tal que nos tengan por locos los siglos venideros.»

En Ecija, en Ubeda y en Montilla, había aprendido Miguel que á las pasadas locuras de la edad caballeresca estaban ya reemplazando las andantes caballerías del misticismo y del ascetismo. Aquí y allá, por los pueblos de sus negras comisiones, había aprendido Miguel cómo la araña milagrosa que se alimenta chupando la sangre de los corazones ardientes iba tejiendo su tela de hilillos sutiles por toda España: cómo los enflaquecidos caballeros de la Cruz y las maceradas damas del Amor divino tomaban las ventas por castillos interiores y recorrían en un arrobo inefable los siete cielos de sus Moradas, engolfándose en ellas y perdiendo de vista el mundo. En aquellos conventos de monjas y frailes, donde tal vez entró, perdidos entre las callejuelas de un lugarón seco ó colgados en unos breñales de las tierras de Jaén y de Córdoba, latían trémulos los pulsos y vibraban los corazones al recontar las recién acabadas proezas del Caballero de Loyola y de su recio escuadrón de negros paladines, ó los crueles triunfos del Hombre de Almodóvar del Campo y sus batallas contra los gigantes del mundo, y en particular contra el Caraculiambro que antes se llamaba Amor humano; en fin, las andantes empresas de la valerosa Mujer de Avila, para cuyas aventuras no bastaba la pluma de Amadís si no se le juntaba la de Cide Hamete.

Ya sabía muy bien Cervantes lo que podía hacerse con ingenio y sutileza, sin más que fijarse en todo cuanto á su alrededor veía en los corrales dichos: Cristóbal de Lugo y Pedro de Urdemalas, Monipodio y su cofradía, nada le podían revelar. Hermanos de Lazarillo y de Guzmán de Alfarache eran, y como tales procedían y hablaban, á veces mejor, siempre con más sobriedad; pero aquello era poco, era solamente la cáscara de la vida, y bajo ella había que ahondar y exprimir para llegar á su agridulce jugo.

De estas imaginaciones vino á sacarle una vez la apari-

ción en el Corral de los Olmos de dos figuras amigas, que con gran alborozo le tendían los brazos. Eran el gran representante y ex albañil Jerónimo Velázquez y su compañero y compinche Rodrigo de Saavedra, quienes llegaban á Sevilla para hacer las fiestas del *Corpus Christi*. A la redonda sentados, prontos los picheles y con la fresca de los Olmos, los tres viejos amigos departieron. A Miguel se le remozaba el corazón al hablar con aquellos otros vagabundos que cruzaban España sembrando la alegría.

Hablando con los cómicos, Cervantes veía crecer y ensancharse la ficción, ocupar toda España la gran farsa de la vida hipócrita y fullera, donde todo era trapacería, tramo-ya, intrigas y recomendaciones, favores logrados por las faldas y ventajas conseguidas con el colorete y la peluca.

Para más y mejor desarrollar este negocio de la carátula triunfante, las compañías cómicas, en las cuales en tiempos anteriores y hasta 1587 no habían figurado hembras, haciéndose por muchachos lampiños ó motilones los papeles de mujer, llevaban ya consigo su gallinero de actrices, mujeres ó medio mujeres de los comediantes, como decía Quevedo, generalmente, á una por cada dos hombres. Con Saavedra y Velázquez iban Mari Flores, mujer de Pedro Rodríguez; Ana Ruiz, mujer de Miguel Ruiz, y Jerónima de los Angeles, mujer de Luis Calderón, quizás pariente del marido de Elena Velázquez. Qué eran estas mujeres marimachos que osaban parecer en público y afrontar los tropiezos del camino y de la venta, no han para qué decirlo.

Con el aliciente de las faldas, creció por extremo la afición de los pueblos al teatro. Era entonces, como ahora en muchos lugares, el carro de los autos ó de las comedias, *la alegría que pasa un momento y que no vuelve jamás*, ó vuelve tarde, cuando ya en los pechos donde nació, se han secado las flores que hizo brotar.

Imaginémonos qué sería, allá por los cerros de Ubeda, en los días en que hombres y mujeres se hallaban más impregnados del perfume místico, guardándose el secreto de su grande y piadosa ficción, ver aparecer el carro de los representantes, las desvergüenzas y chistes del bojiganga, las desenvolturas, picarescos bailes, incitativos meneos y

desgarradas canciones de la graciosa, que siempre había de ser bailarina: qué sería, oír rasgar el silencio henchido y preñado de tentadoras sugerencias, el repiqueteo de las castañuelas, y regalar la vista, las danzas, los trajes de telas de reluz, los deslumbradores atavíos de lentejuelas y azabaches, y luego ver repetir á aquella corrobla de perdidos y perdidas, con reverendísima entonación, los metafísicos razonamientos, ya escuchados en el púlpito ó leídos en cartas espirituales y en libros devotos, pero que en labios de los cómicos solían tener una entonación amorosa y mundana, hondamente perturbadora. Mari Flores ó Ana Ruiz, haciendo los papeles de la Culpa ó de la Lujuria en los devotísimos autos del Corpus, y procurando presentarse galanas y bien arreadas, como la Lujuria y la Culpa suelen ofrecerse, ¿qué de estragos no harían en los corazones jóvenes y qué reguero de malogradas é inútiles llamas no dejarían al marcharse de cada pueblo? Con esto, la hipocresía emanada de lo más alto y pronto corrida por todos los estados sociales, iba enseñoreándose de los espíritus.

El Corpus de 1593 en Sevilla dejó memoria. A más de los autos y representaciones, con joya ó galardón para la obra más gustada, hubo otra infinidad de regocijos públicos, dándose premios á las cofradías más bizarramente vestidas, á los arcos que se alzaron en los sitios por donde había de pasar la procesión y cuyo mérito no consistía en la traza artística ó arquitectónica, sino en lo ingenioso y complicado de las figuras alegóricas y en los lemas, coplas y versos que en carteles y tarjetones aparecían escritos en latín y en castellano.

Joyas hubo también para las danzas que seguían al Santísimo y que fueron una danza de la Serrana de la Vera, donde había algo de representación y mucho de baile, en el que tomaban parte danzarinas guapas y jacarandosas que sacaban las modas nuevas del bailar y del vestir; otra danza de espadas, como las que aún se hacen desde las Provincias bascas hasta Andalucía; otra, que era una zambra á la morisca, algo así como las mojigangas de *Las odaliscas y el sultán*, que hemos visto en la plaza de toros hace veinticinco años; otra danza del *triunfo de Sevilla*, que fué la que se

llevó el premio, y donde, sin duda, figuraban moros y cristianos, y salía el Santo Rey D. Fernando III; otra, para acompañar á la tarasca y á la mojarrilla ó Anabolena que la cabalgaba; otra danza *del dios Pan*, donde se representaría alguna escena báquica entre ninfas, silvanos y faunos, ó salvajes mejor ó peor contrahechos; otras danzas de gigantes, de indios, de gitanos y gitanas jugadores de navaja y bailadores de seguidillas ó panaderos; un volteador que iba dando saltos mortales en un carro, para celebrar el triunfo del Santísimo Sacramento, como el titiritero de la Virgen (que nuevo nada hay en el mundo) y, finalmente, el disloque, el colmo y extremo y ápice de la furiosa algazara y del desenfrenado regocijo, que fué la procaz, la escandalosa, la vibrante, la lúbrica y cínica *zarabanda*, aquel baile que desde el momento solemne en que apareció hasta los días en que fué bailado en los salones de la corte del Rey Sol de Francia, Luis XIV, hizo pasar por toda España primero, y por toda Francia después, un espasmo de voluptuosidad incandescente, al cual, cuando acudieron moralistas y legisladores para ponerle remedio, ya era tarde.

Quien no creyese en la existencia del diablo ó no supiese de ella, se habría visto forzado á inventar y á reconocer á Satanás como el autor de aquel baile ó zarandeo archilujurioso que se presentó en el Corpus de 1593 en Sevilla, y en breve corrió por toda España. Lo que, al hacer los ensayos no habían sabido ver, ó si lo vieron se lo callaron los señores del Cabildo, no podía una penetración tan sagaz como la de Cervantes, dejar de advertirlo. La aparición de la Zarabanda y de sus vueltas, cabriolas y acompasados batimanes, era para el espíritu menos observador, un signo de enervación y de decadencia. Habían muerto ya, y bien muertos y enterrados estaban, el heróico Don Juan y el prudente Don Alvaro, con Aquiles y Ulises comparables: se había hundido en los mares, con la Invencible, la bravura española por mar, y en Flandes se estaba gastando lo que de ella quedaba por tierra. En el corazón de la patria, el eco de los desastres, habían sido elevaciones místicas y ascéticos desvaríos y teatrales ficciones. Las almas se habían acoquinado, empequeñecido, arrugado, impotencia-

do: allá en el Escorial, más gris que la piedra y más que ella duro, iba pudriéndose entre la sombra de los sillares el duro y gris monarca, amarrado á la silla de sus dolores; á la devoción de Cristo y de su Madre, reemplazaba la de los conceptos teológicos, que se esforzaban por presentarse al pueblo con imágenes tangibles, sensuales y atractivas, y en medio de una fiesta ostentosa, hecha para celebrar esta devoción, aparecía brincando, meneando las caderas, entornando los ojos, cimbreando el talle y arqueando los brazos, la Zarabanda diablesca, incitadora, terrible, sudorosa, roja y morena, en el calor del Julio sevillano, á todas las laxitudes y flojeras propicio.

Miguel notaba el sordo rugir de la mocedad que, con los ojos desencajados y los labios sangrientos, seguía los pasos y vueltas de la danza. Miguel conocía que el pueblo vencido acababa de morder el fruto de perdición: y las estantiguas y fantasmas que surgían poco antes en su magín, iban concretándose y tomando la forma de hidalgos apaleados con sus ideales rotos, y de encantadas princesas, que en zafias labradoras se convertían. La primera salida de la Zarabanda era la primera derrota seria y temible de los caballeros de lo ideal.

Pasado aquel Corpus, en donde se mostró un tan grave signo de decadencia, al siguiente año tuvo que ir Cervantes á Granada con otra comisión, y no debemos pensar que si las demás grandes ciudades por él recorridas causaron efecto en su espíritu, no había de suceder lo mismo con la ciudad más inquietante y perturbadora, con la que ha criado los ingenios andaluces más parecidos á los de Castilla y más clásicamente castellanos.

Si es Córdoba la ciudad del contemplativo y del dogmático, es Granada la ciudad del pensador revolucionario, del forjador de contrastes fecundos y de fértiles antinomias. Lo hace esto la presencia constante de la nieve en la altura, de la vegetación africana en lo bajo. Aunque atareado y ajetreteado por la premura de su comisión, Cervantes, en la ciudad y fuera de ella, después en los pueblos de la Alpujarra, que recorrió para bajar á Málaga y volver á Sevilla, tuvo tiempo de otear por un lado los picos del Veleta y del Mul-

hacen, eternamente blancos é impasibles, y al pie de ellos la fecunda y floreciente vega granadina, en cuyas verdes frondas reposaron su vista los reyes poetas y las cautivas nostálgicas á quienes desazonaban los recuerdos. La nieve de los picachos parecía cada amanecer un poco más cerca del cielo, y la espléndida verdura del suelo semejaba crecer, ensancharse y multiplicarse de día en día, amagando envolver la tierra circunstante donde los nopales se *arrastraban*, las pitas se erguían y las cañas *bravas* surgían como candelabros de cien púas por sobre las tapias de los huertos. En los patios y jardines de las casas, el acre olor del arrayán y del mirto empujaba hacia arriba el olfato, y al levantar la cabeza se tropezaban los ojos con la sombra benévola de los granados, cuyos frutos comenzaban á rojear, pintados con oro y con sangre por el sol de minio que por el cielo cobaltino navegaba. Allí los hombres paseaban graves, ahidalgados, sin la bulliciosa alegría sevillana; allí las mujeres, celadas y enceladas tras de las rejas y celosías, arrullaban y se dejan arrullar sin sacar á la calle más que una mano ó un brazo. La grandiosa calma de los moros poderosos y la incomfortable y suicida fiereza de los moros peleantes, de los últimos días de los Nazaríes, habían dejado aquí y allá profundos surcos en los caracteres y en las palabras. El *contraste* notado ya en el *paisaje*, se advertía también en los espíritus. Los cristianos granadinos parecían moros de la víspera y los moriscos, que aún muy numerosos ocupaban la ciudad, eran morigeradísimos y suaves como si les hubiera educado el Evangelio.

Granada era la ciudad conveniente para que la considerase el Ingenioso Hidalgo al llegar á la madurez. Ella hizo que Miguel ahondara más y más la idea concebida ya, ó, al menos, diseñada de un grande y fundamental contraste en el que se podría encerrar la vida entera. A las blancas cimas del Veleta y del Mulhacen, vistas frente por frente á los verdes granados y á las carnosas chumberas y á las deshilachadas y socarronas pitas de la Vega granadina, debemos en gran parte la antítesis ideal y la magna síntesis de Don Quijote y de Sancho.

Pero sabemos, porque el mismo Cervantes nos lo dijo,

que el Quijote se engendró en una cárcel. ¿En qué cárcel?, en la de Sevilla. ¿Cuándo? De Septiembre á Diciembre de 1597, en que Cervantes estuvo preso por culpa de los malos administradores de la Hacienda pública.

Entremos, pues, en la cárcel de Sevilla.

El callejón de Entrecárceles, formado por la espalda de la Audiencia y el frente de la Cárcel Real, más que sitio humanamente accesible al paso era un lodazal de miserias, una rebujina de maldades y de podredumbres, á donde se acogía todo lo peor de Sevilla y de sus contornos. A cuatro pasos, mirándose de cerca, echándose el aliento como dos valentones prontos á reñir, la Cárcel Real y la Cárcel de Audiencia se provocaban constantemente: de vez en cuando la Real le soltaba á la de Audiencia unos cuantos desechos, que ni para galeras ni para la horca servían, con ser el de la horca servicio harto fácil para un hombre honrado. Vertían al callejón muchas inmundicias de la Cárcel, y con esto, y con estar á todas horas lleno de gentuza infecta y hedionda, que de entra y sal de los presos hacía, sólo al asomarse allí daba en el rostro una bofetada de todas las podriciones del mundo.

Atravesando aquel muladar humano, pasó Miguel, seguido de porquerones, los umbrales de la Cárcel Real. Allí topó antes que nada con el portero de *la puerta de oro*, quien le tomó el nombre y le preguntó el delito. Un escribano asentó ambos datos en un libro mugriento, y el de la puerta de oro no se metió en más averiguaciones, puesto que de un hombre preso por deuda al fisco no se podía extraer unto mejicano como de los que entraban allí por guapos ó *hombres*, ó por lo contrario, ó por ladrones, amancebados y alcahuetes.

El portero de la de oro se asomó á una escalera, y diciendo á Miguel que subiese por ella, con voz aflautada y tenue susurró:—¡Ho-la!—sonido silbante que, escurriéndose por los muros, fué contestado por otro que decía:—¡Ai... la!—Esto significaba:—Preso viene—y—Venga.—Después el de la puerta de oro avisaba á la de plata el delito:—¡Ahí va el señor Cien-ducados!—puesto que Miguel iba por deudas, y al rematar la subida, el de la puerta de plata

decía:—¡Acá está!—con lo que bastaba para que Miguel fuese destinado, no á la cámara del hierro, ni á las galeras vieja y nueva, recintos carcelarios donde se encerraba á los presos peligrosos, salteadores, asesinos y sodomitas, sino á las cámaras altas, cerca de la enfermería, junto á las habitaciones del alcaide.

El delito de Miguel era, más que como tal, estimado como un contratiempo ó revés de fortuna, y no era justo que un preso de escasa calidad fuera confundido entre la turbamulta de los matantes, rufos, tomajones y germanes. En el camino, desde la puerta de oro á las cámaras altas, vió Miguel lo único que aún le quedaba por ver en el mundo.

Gracias á la famosa *Relación de la cárcel de Sevilla* y al sainete del mismo título, que compuso el discreto y gracioso jurisconsulto de Sevilla, licenciado Cristóbal de Chaves, y que Gallardo atribuyó á Cervantes con error manifiesto, conocemos punto por punto aquel inverosímil rincón de la vida española en los últimos años del siglo xvi. Por dichas obras sabemos cómo vivían, comían y gozaban de las ciento cincuenta mujeres, por lo menos, que se escurrían por allí á diario, y cómo se herían, se mataban, se jugaban hasta el cuero, se emborrachaban, se encenagaban en otros vicios peores y salían tan guapamente para *el servicio de Su Majestad*, ó para la horca, los mil ochocientos presos que escondía aquel caserón: conocemos sus tretas, mañas, mohatras y triquiñuelas para ganarse la vida ó la muerte, su fanfarria incurable, sus increíbles ánimos en el tormento y en la capilla, sus extrañas devociones, sus locuras, simplezas y niñerías. El hombre que tenía á su cargo diez ó doce muertes, y á quien le habían cosido las tripas y remendado las asaduras sin que pestañease, daba lo mejor de su hacienda á otro preso listo de pluma porque le escribiera una carta amorosa á su daifa, que en el Compás ó en San Bernardo quedó con padre y madre conocidos (los de la mancebía), y porque en el mensaje chorreara los más retumbantes conceptos de amor y ternura, y dibujase al final un corazón atravesado por muchas saetas y pintarrajeado con azafrán ó almagre, ó le figurase al mismo hombre con gri-



llos y amarrado por una cadena á la boca de su querida, de la cual salían expresiones eróticas.

Sobre los mil ochocientos presos y sobre sus vicios, necesidades é inclinaciones, vivían unos cuantos centenares de individuos peores que ellos, puesto que á servirles se avenían; cuál tatuaba herraduras, sierpes ó *eses* con *clavos* en las piernas, brazos y pechos de los futuros galeotes; cuál les rapaba las barbas y les empinaba los mostachos; cuál andaba á la rebatiña, hurtando á éste y revendiendo á aquél las dagas de ganchos ó los cuchillos de cachas amarillas, sin contar los pastorillos, que eran unos palos aguzados y con la punta quemada que pasaban á un hombre lo mismo que navajas barberas; otros eran listos en las *flores* y tenían maña para *herrar los bueyes*, que era marcar las cartas de la baraja en beneficio de los tahures, ya con raspadillo, ya con humillo ó con berrugueta; otros eran águilas en manejar el cortafrío y la sierra para abrir *guzpátaros* (agujeros), en rejas, paredes y tejados; otros en ocultar mujeres bajo las camas, amontonándolas en camisa ó en cueros, como si fuesen tarugos de madera.

Por el día y de noche hasta las diez, en la cárcel había incesante trasiego de gente de la peor; á nadie se le preguntaba la causa de qué entrara ó saliera como no fuese preso, y aun éstos, no siendo de los graves, salían también mediante su cumquibus al alcaide, al sotaalcaide y á los bastoneros ó vigilantes, que eran otros presos, pues no había en el caserón nadie que no fuera criminal ó ayudante, amigo y servidor de los criminales. Toda aquella morralla se mantenía de cuatro tabernas que en la cárcel llevaban una vida floreciente, y de lo que cada cual pudiera agenciarse, pues ha de entenderse que allí nadie demandaba rancho ni comida, si no era por caridad y aprovechando la común largueza de los presos. Los puestos de la cárcel, alcaide, sotaalcaide, bodegoneros, porteros y demás, eran cargos envidiados por lo productivos; el de verdugo era tan lucrativo como el de alcaide, pues á ninguno atormentaba sin cobrar antes por apretar más ó menos los cordeles y el pobreto que había de sufrir la tortura sacaba de las entrañas de la tierra los escudos para no quedar cojo, manco ó quebrado.

Bien da á entender Cervantes que el ruido y la incomodidad de la cárcel eran insufribles. Por el día, á la barandada y estrépito de tantos entrantes y salientes, había que sumar el estruendo de las riñas y zurizas, los gritos, cantes y bailes flamencos y el disputar y gruñir de los jugadores perdidosos. Separadas de los presos, pero en el mismo edificio, las presas pasaban todo el santo día cantando en coro, acompañadas de vihuela y de arpa ó laud las seguidillas recientes:

Por un sevillano  
rufo á lo valón  
tengo socarrado  
todo el corazón...

Otras veces les recogían las guitarras é instrumentos de cuerda, y era peor, porque entonces llevaban el són traqueteando con los mismos grillos que en manos y piernas llevaban. A puros gritos y al través de las paredes, se entendían con sus hombres y les hacían declaraciones amorosas, cuales nunca se oyeron en el infierno de los enamorados, como las de las *chuchas* en la actual Galera de Alcalá. — ¡Ah, mi ánima, ponte á la reja, que mañana salgo! ¡Envíame un contento, vida mía! ¡Lindo, por mis vidas, es el regalo! ¡Sano te vea yo, valeroso!... — Ruidosas eran las alegrías, silenciosas las pependencias. El *hombre*, con las tripas fuera, callaba como bueno. Así pasaba que solían enredar en la cuerda de azotados y en la de galeotes á quien menos culpa tuviese.

La trisca y la zumba eran mayores cuando había sentenciado á muerte: entonces la cárcel entera vibraba de gusto. Hombres y mujeres eran á alabar y á halagar al condenado, y más cuanto mayores fueran la serenidad de su rostro y el sosiego de sus palabras. Allí se jugaba con la muerte y se hurtaba todo, menos el cuerpo al dolor ó á la horca. El condenado continuaba impertérrito su partida de naipes, y si podía, á dos pasos de la soga, les soltaba cuatro ó cinco floreos para sacarles los cuartos á sus compinches.

Tampoco se burlaba con la devoción. En cada cámara y en los aposentos ó celdas de los que estaban separados había

una, dos y más imágenes, ante las que se renovaban á toda hora las candelicas de cera ó de aceite. Cristos patibularios, pintados con azafrán en la pared ó estampas de Vírgenes y Santos milagreros, iluminadas con los más extraños y fantásticos colores. Al cerrarse las puertas de la cárcel, todos los altarcillos é imágenes tenían sus luces encendidas. Encendíanse también las del altar que en el fondo del patio grande había, y el sacristán, rebenque en mano, iba haciendo hincarse de hinojos á todos los presos. Soltaban ellos la baraja ó la mujer con que estaban entretenidos, y mil ochocientas voces, desgarradas y aguardentosas unas, atipladas y femeniles otras, entonaban la Salve, con ese antiguo y trágico sonsonete de las Salves carcelarias, que hielá los huesós de quien por primera vez las escucha. Presos grandes y chicos, de escasa pena y de muerte, cantaban con la misma devoción, atarazados por el miedo á la otra vida ó creyentes en milagros que les salvaran, para volver á sus correrías y bandidajes.

Mientras rezaba con ellos, siguiendo el conjunto aterrador de aquellas voces, sentía Miguel cómo por cima de todas las miserias humanas aletea un ideal, que para cada sér es distinto, pero que á todos los une y ensambla, como se machihembraban las voces en aquel inesperado y no previsto concierto de la Salve, y lo que siempre en él fué presentimiento de cuán interesante es y puede hacerse la humanidad alta y la baja, si se la considera y hace ver en busca de algo, peregrinando con una intención noble y peleando por un fin irrealizable y desvariado, se trocaba ahora en convicción profundísima. En la hedionda y lúgubre obscuridad del patio y de los corredores y aposentos que á él hacían, las luces de las candelicas y cerillos titilaban, parpadeaban las puertas y las ventanas, unas voces ceceaban roncas, otras galleaban sutiles, y por cima de todas ellas solía asomar un claro són femenino, que con angelical blandura, entonaba el canto religioso. Miguel reconocía en aquella voz la misma que al són de los grillos había cantado por la tarde la seguidilla ardorosa:

Por un sevillano  
rufo á lo valón...

En aquel mundo chico y bajo de la cárcel de Sevilla estaban, pues, compendiadas todas las ansias, altezas y pequeñeces del mundo grande: y todas ellas importaban, conmovían, hacían reír, sangraban, estremecían, excitaban: todas eran por igual interesantes como los hechos heroicos que el historiador y el poeta épico ensalzan.

Aquel contraste fecundo notado por Miguel entre las nieves del Veleta y la lujuriosa vega granadina, encerraba el secreto del vivir y del arte. Y entonces, sumido en las repugnancias de la cárcel, sintiendo correr por su cuerpo la miseria, viendo en los ajenos y en las paredes y en el suelo otro menudo y espantoso colmo de chinches, pulgas, ladillas, piojos, reznos y garrapatas, remembraba Miguel sus pasados días de gloria, recordaba el sol de oro que le alumbró en Lepanto y que le acarició en Nápoles y en Lisboa, y pensó que ni era otro el sol, ni tampoco él había variado, pero que en la vida nos engañábamos inocentemente pensando que es grande lo grande y chico lo chico.

No hacía Miguel estas reflexiones á solas, ni quizá las hubiera hecho, á no hallarse también allí en la cárcel preso, como él y por razones análogas de rendición de cuentas, otro empleado del fisco, que había sido oficial mayor de la Contaduría en pasados tiempos, el cual, mejor aún que Miguel, conociera las ficciones de la corte española y las lozanías de Italia y de su libre vida. Era cincuentón, por lo menos, hombre sagacísimo y pausado, maestro de la vida y con tan feliz memoria y buen arte para contar sucesos de grande y de menor cuantía como ningún otro: con esto, hombre tan curtido y baqueteado, que podía dar lecciones de experiencia al dios Saturno, y tan filósofo que tal vez ninguno mayor ha tenido España, si se exceptúa al jesuíta autor de *El críticón*. Conversando con Miguel, pronto se hizo amigo suyo, cuanto pueden serlo dos hombres desgraciados que se conocen al llegar la cincuentena: con Miguel comunicó, desde luego, un libro que ya tenía manuscrito y terminado y que, ó mucho se engañaba, ó había de ser uno de los mejores entre los de entretenimiento que en España se compusieran.

El libro se titulaba *La atalaya de la vida humana, aven-*

*turas y vida del pícaro Guzmán de Alfarache*. El amigo que mejor trato tuvo con Miguel en aquella negra prisión, se llamaba Mateo Alemán. Antes que lo dijera el contador Hernando de Soto, conoció Miguel que era aquél libro donde

ni más se puede enseñar  
ni más se debe aprender...

Y véase por dónde y cómo tal vez la misma pluma de ave que escribió los últimos capítulos de *Guzmán de Alfarache* sirvió para escribir los primeros del *Quijote*, engendrado en una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación: la cual no pudo ser sino la cárcel de Sevilla, en donde Miguel pasó todo aquel Otoño, saliendo de ella á los primeros días de Diciembre.

Muchos Otoños fértiles había tenido Miguel: ninguno más que aquel pasado en la cárcel de Sevilla, donde engendró el libro único. ¡Quién pintará su alegría cuando salió de ella y se vió de nuevo en la anchurosa plaza de San Francisco, paseando los soportales, con unos cuantos pliegos manuscritos bajo el brazo, mientras por cima de las casas paredañas de la Audiencia, la Giralda, más contenta que nunca, se le aparecía graciosa y gentil, pronta á romper en desenfrenada y gachona zarabanda! Lo que de aquellos meses de la cárcel había sacado, fuera de las canas que entre lo rubio de las barbas se le parecían, era, y de ello Miguel estaba seguro, la más alta ganancia y el más rico hallazgo de su existencia. Y Miguel, desde un principio, contento y seguro de que había entrado con pasos firmes en el camino de la inmortalidad, se reía, se reía pensando cómo lo que no le agenció el trato con los mayores héroes de su tiempo, lo que no ganó á las órdenes de Don Juan de Austria y de Don Alvaro de Bazán, habían de procurárselo y lográrselo aquellos días piojosos y chinchosos, llagados y lacerados de la cárcel de Sevilla y la compañía de Carihartas y Gananciosas, de Solapos y Paisanos, de manifiestos y Escarsamanes. ¡Ah, qué bella, qué ancha, qué imprevisa y qué original es la vida!

En la cárcel fué engendrado y se comenzó á escribir *Don Quijote*. Cuando Cervantes salió de ella estaba muriéndose ya Felipe II. Para el pensar libre, toda España era ya cárcel. Pero esta transformación ideal de España es preciso estudiarla despacio, y, si queréis, mañana lo haremos.

---

### Segunda conferencia.

(30 de Abril.)

Decíamos ayer, que no es posible explicar la necesidad de la aparición del Quijote, sin considerar la transformación que á España trajo la muerte de Felipe II y la subida de Felipe III al trono.

Los tiempos habían cambiado. Felipe II fué un hombre capaz de afrontar las iras de los Papas y de las demás naciones católicas: gran pecador, la varonil entereza que heredó de su padre y que en él se ofrecía entreverada de apocamientos y desmayos, hijos del alma amorosa y débil de su madre, lograba sobreponerse en los casos de apuro, y dominándose á sí mismo, dominaba á los demás.

Su hijo Felipe III era, en cambio, todo blandura linfática: era un pequeño pecador, y sus deslices, en aquel tiempo mínimos, le pesaban sobre la vacilante conciencia y necesitaba depositarlos, soltar aquella carga que oprimía su alma floja, confiárselos á cualquier santo varón que los absolviese y perdonara. Fué entonces cuando comenzaron á turbarse las conciencias y cuando la Iglesia, y más particularmente los frailes, principiaron, apoderándose de las casas, conquistando todos los castillos interiores, domeñando á la empobrida y trémula sociedad, que al perder la alegría, desterrada de España por las negras voces de los predicadores biliosos, perdió la confianza en sí misma y en la ayuda que Dios prestó antes y presta siempre al individuo que en sí propio tiene fe, sin valerse de intermediarios ni correveidiles. Perdieron los ánimos la fuerza para resolver sus conflictos interiores y salir de sus espirituales apuros. La corte y su crecimiento, el cambio en las costum-

bres cortesanas contribuyeron también á esta situación, arrancando de su soledad bravía á la nobleza territorial, zambulléndola en las promiscuidades más enervantes y desmoralizadoras.

Miguel, que en sí propio, en su espíritu rendido y martilleado incesantemente por los golpes de la adversidad, notaba este desfallecimiento, iba haciéndose cargo de cuán necesarias eran las personalidades superiores, las individualidades poderosas, absorbentes, capaces de conducir á los hombres, de encauzar los hechos, de excitar los sentimientos y de guiar las ideas. Miguel veía desaparecer de la escena de España los héroes de la realidad y ser reemplazados por los de la ficción disparatada.

Ni las peticiones de las cortes de Valladolid, en 1555, seguidas por numerosas protestas de los hombres más sabios y eminentes, como los maestros Luis Vives y Alejo de Venegas, Melchor Cano y Fray Luis de Granada, ni las razones que el venerable Arias Montano, hombre de ojos sagaces, siempre abiertos, formuló, consiguieron desterrar la peste de los libros de caballerías, cuya lectura estragaba las almas ansiosas de ver repetirse y abultarse las pasadas aventuras de mar y de tierra, hasta tocar en lo imposible y cruzar los linderos de la honesta ficción para entrar en los del desvarío. ¿Acaso no eran libros de caballerías en cierto modo aquéllos tratados de las espirituales conquistas, de los ocultos y secretos reinos y de las moradas invisibles y de los interiores castillos? No lo eran también las relaciones habladas y escritas que á Sevilla, la ardiente y la imaginativa, y á Cádiz, la fantasiosa, llegaban de las proezas de los conquistadores y descubridores en el Nuevo mundo?

Contra el empuje imaginativo, contra la avidez insaciable que reclamaba constantemente lecturas de este género en que la épica llega á la insania, cuyas lindes ya tocó en el poema de Ariosto, no había recurso que oponer. Endeble reparo á tal invasión fueron las novelas pastoriles, y harto lo conoció Cervantes que había sido de los primeros en oponer la dulcedumbre y suavidad arcádicas al estrépito y baraúnda de las caballerías. Persuadido iba estando de que ni sus esfuerzos en seguir la senda de Montemayor y de Gil

Polo, ni los de Suárez de Figueroa, Gálvez de Montalvo, Lope de Vega, Valbuena y demás patrulla de los bucólicos, bastarían á otra cosa que á empalagar al público.

Darle poesía pastoril y novela bucólica á quien pedía caballeros andantes, era como querer saciar con miel y hojuelas el estómago hambriento que pide carne cruda y bodigos de pan de tres libras. Llamar la atención de la gente hacia lo bajo y prosaico de la humanidad, como lo había hecho el autor del *Lazarillo* y lo intentaban ya el propio Miguel y su amigo Mateo Alemán, sólo podía ser un medio para acabar con la balumba de las caballerías, si el libro picaresco lograba entrar en todas las casas y llegar á todas las esferas sociales, lo cual su misma índole impedía que se consiguiese. Las novelas novelescas, como hoy dicen, ó de amores y de aventuras cortadas por el patrón del *Teágenes y Cariclea*, de Heliodoro, y tales como la *Selva de aventuras*, de Jerónimo de Contreras; el *Clareo y Florisea*, de Núñez de Reinoso, y el *Persiles y Sigismunda*, no se habían presentado aún á la imaginación de Cervantes como un remedio ecléctico y contemporizador para el mal de que se trataba. Las imitaciones de los novelistas italianos, en el estilo de las *novelas ejemplaras* eran, sin duda, arbitrio insuficiente para lo que se pedía. Al mundo y al vulgo, como él dijo, coincidiendo con su amigo Alemán, convenía tratarle como á niño mal educado, no poniéndose de frente con sus gustos, sino llevándole el genio y trasteándole con maña, consintiéndole y halagándole.

Por eso, para combatir los libros de caballerías, tan aventajados y lozanos en el sentir del mundo y del vulgo y con tan grandes raíces que al Romancero, á las Gestas antiguas y á los orígenes mismos de la nacionalidad tocan, y prosiguen por la Edad media en verdaderas historias de reales y efectivos caballeros de ventura, como Suero de Quiñones, como el conde de Buelna D. Pero Niño, como los famosos Mosén Luis de Falces y Mosén Diego de Valera y como el condestable Miguel Lucas de Iranzo, cuyas crónicas pudieran intercalarse sin desdoro en lo más intrincado del Amadís, no cabía sino escribir otro libro de caballerías mayor que todos los anteriores y sacar á plaza un



caballero de carne y hueso y hasta hacerle pelear, ya con gigantes imaginados, ya con reales y cogotudos villanos, mercaderes y yangüeses y con fingidas tropas de Alifanfarrones y de Pentapolines, en quienes se personificase, para el discreto y advertido, á todos los personajes engendrados por la fanfarria y ficción andaluza y portuguesa, que á tales términos iban llevando á la nación.

Con fruición deliciosa hundía la mirada Cervantes en todo aquel increíble cosmos de vaciedades y absurdos, venido Dios sabe de dónde. Resonábanle en los oídos las anti-  
quísimas historias del caballo mágico, que de la India vino tal vez á posarse en el poema homérico y desde allí corrió por las viejísimas leyendas de Clamades y de Clarimunda, convertidos en Pierres y Magalona ó en el Príncipe Caralzamán y la Princesa Badura. Montados también en mágicos corceles, en hipógrifos y alfanas, en cebras y dragones iban corriendo por su imaginación los primitivos héroes de las caballerías y de los maravillosos cuentos, Fierabrás, Partinuplés, Oliveros de Castilla y Artús de Algarbe y Tablante de Ricamonte, revueltos con los de las leyendas demoniacas y piadosas, como el San Amaro, gallego, y el Roberto el Diablo, de Bretaña ó Normandía, y con las verdaderas relaciones de viajes y andanzas del Infante D. Pedro de Portugal, que anduvo las cuatro partidas del mundo.

A este primer escuadrón, seguían la infinidad de caballeros imaginados por gentes que ni siquiera tenían la menor noción de las caballerías, como el famoso y archidisparatado Feliciano de Silva, padre de Florisel de Niquea ó de don Rugel de Grecia y de tantos otros dislates: como Bernardo de Vargas, sevillano, autor de D. Cirongilio de Tracia, hijo del noble Elosfrón de Macedonia; como Pedro de Luján, á quien debemos el Invencible Lepolemo, también llamado el Caballero de la Cruz; como el burgalés Jerónimo Fernández que, desde su bufete de abogado en Madrid, lanzaba al mundo á D. Belianís de Grecia; como la dama portuguesa que continuaba la historia de Primaleón y Polendos; como el curioso dialoguista, poeta y secretario del conde de Benavente, Antonio de Torquemada que, alternando con su

*Jardín de flores* y sus *Coloquios satíricos*, compuso el don Olivante de Laura, príncipe de Macedonia; como el caballero D. Melchor Ortega, que sacó de entre los cerros de Ubeda, su patria, al príncipe Felixmarte de Hircania; y el señor de Cañadahermosa, D. Juan de Silva y Toledo, que, en aquellos mismos días en que Cervantes pensaba el *Quijote*, componía el desafortado D. Policisne de Beocia; y el sesudo traductor de Plinio, Jerónimo de Huerta, que imaginó el Florando de Castilla; y el fraile observante Fray Gabriel de Mata, que en 1589 había hecho caballero andante nada menos que al seráfico Padre San Francisco de Asís, intitulándole *El caballero Asísio*. Frailes, damas, caballeros, poetas, naturalistas, secretarios, contadores y gente de toda laya, se entregaban á la composición y á la lectura de los descomulgados libros de caballerías.

La empresa de atacarlos y derribarlos era una de las más grandes que podían ser intentadas por ingenio alguno, y este propósito, no anterior, sino subsiguiente á la gran concepción del contraste humano, como base de una composición grandiosa y definitiva, debió de aparecer entonces claro á los ojos de Miguel, persuadido de las enormes consecuencias morales y literarias que tendría el derrocar la ficción caballeresca, en la que iba envuelto el eterno mal crónico de los españoles, lo que en tiempos recientes se llamó la leyenda dorada, aquel embaimiento y elevación en que viven los espíritus de España cuando fatigados de la acción por exceso de heroísmo y de energía, se tumban á la bartola pensando en mundos ignotos y en conquistas fantásticas.

Este desequilibrio entre la acción y el pensamiento, esta falta de sangre de hechos que á nuestras ideas suele caracterizar y, como consecuencia de ella, la ausencia ó carencia de jugo ideal que á los hechos distingue, este divorcio pura y netamente español de la teoría y de la práctica, que nos conduce ó á la utopía del caballero andante ó á la rutina del panzudo escudero y de sus compinches y congéneres los destripaterrones del arado celta... no diré que Cervantes lo meditó y reflexionó sobre ello, sí que la sensación y el presentimiento de todas estas cosas y de otras muchas iba posesio-

nándose de su ánimo y añadiendo nueva substancia de realidad á lo ya pensado de su obra.

Con esta convicción y con su libro bajo el brazo salió de Sevilla para la corte, que estaba en Valladolid, en 1603.

Camino adelante, desde Sevilla á Valladolid, iba Miguel pensando y repensando en su libro, contándose á sí mismo sus alabanzas y méritos y enumerando muy paso á paso las tachas que podrían ponérsele. En los forzosos descansos de ventas y mesones sacaba y repasaba el manuscrito, en tan diversos papeles y tintas estampado. Volvía á ver con grave y profunda atención los lugares donde los sucesos de su libro ocurrían, y acaso acotaba y atajaba lo escrito ó metía añadiduras é hijuelas.

Aun siendo tan grande la fertilidad de su ingenio, parece infantil suposición la de que Cervantes compuso al correr de la pluma y sin corregir ni releer su obra maestra. Probado está además, que en gran parte ó del todo se hallaba ya escrita la primera parte en 1602, y hasta era conocidísima de los sevillanos. Desconocer lo más elemental de la composición literaria sería pensar que en el *Quijote*, aun cuando haya descuidos puramente incidentales, hay algo hecho á la ventura, impensada ó irreflexivamente. Más lógico y más humano es creer, como las palabras del mismo Cervantes declaran, que todo cuanto allí está escrito, se escribió *por algo* y tiene un significado y una intención, aunque en la mayoría de los casos haya sido labor inútil la de los hermeneutas y exégetas del *Quijote*.

Distinguir en la composición de uno de estos libros que á la humanidad iluminan, la parte que á la inspiración casi inconsciente corresponde y la que á la meditación pausada compete, es punto menos que imposible. Fácil es hallar alusiones, cuando se refieren á personajes ó sucesos muy públicos y conocidos. Difícil y peligroso aventurar hipótesis y conjeturas como las amontonadas sobre este libro único, y las que en lo sucesivo puedan arriesgarse. De intenciones no juzga la Iglesia y realmente no importa cosa mayor que Cervantes, como Colón, pensando hallar las Indias de Oriente, descubriera las occidentales: pensión de quien busca nuevos mundos es tropezar con mundos no esperados.

Lo que importa es el arranque, la fe, el valor y la constancia para llegar á alguna parte, sea la que quiera.

De esas hipótesis y conjeturas, á las cuales me refería, es la de que el pueblo de Don Quijote fuese Argamasilla de Alba. Destruída la suposición de que Cervantes se halló preso en ese lugar, no hay motivo serio para insistir en que fuese Argamasilla el lugar de cuyo nombre no quería acordarse Miguel, quien, con estas frases no da á entender sino que tiene el propósito de despistar á sus lectores. «En un lugar cerca del suyo» dice que habitaba Dulcinea, y el Toboso dista ocho leguas de Argamasilla, y ningún manchego nacido ni por nacer llama *cerca* á ocho leguas. Lo mismo pudo ser ese lugar Miguel Esteban ó el Campo de Criptana, Quintanar de la Orden, Pedro Muñoz ó la Mota del Cuervo. A él le bastaba con que fuese un lugar de la llanura manchega, tierra apta para criar hombres amigos de engrandecer, ennoblecer y amplificar la vida, sacándola de los términos mezquinos, prosaicos y estrechos en que se desarrolla, y espaciándola por la anchurosidad de los campos, avaros de aventuras. «Por exceso de amor á la vida—dice Barrés—Don Quijote camina hasta la muerte.»

La de los fuertes, la de los grandes son su religión y su moral. En tal sentido, su locura es la misma de Nietzsche, ya que hemos admitido provisionalmente ser verdad que Nietzsche y Don Quijote estaban locos, hasta que pasen años y se demuestre que ellos eran los cuerdos.

Contentábale á Miguel haber colocado á Don Quijote en un lugar de la Mancha, y bien claro veía que su caballero andante no pudo ser andaluz, aunque tal vez, al principio, pensara hacerle andar por la andaluza tierra. ¿Concebís siquiera un Don Quijote sevillano? ¿Creéis que en Andalucía pudiera criarse un caballero enamorado tan castisimamente platónico, ni tan absolutamente grave en todos sus hechos y palabras? Le parecía bien á Miguel que Don Quijote fuese manchego, de lugar donde el cielo y la tierra se besan constantemente al amanecer y al anochecer, como los esposos puros de la leyenda áurea, sin penumbras tentadoras de árboles y selvas, ni cantos alegres de ríos serpenteantes y voluptuosos. Necesario era también que fuese manchego

Sancho. Facilísimo le hubiera sido á Miguel hacer del escudero un hampón gracioso, un socarra, un rufo de Sevilla, como tantos otros por él pintados; pero este contraste hubiera sido excesivamente burdo. No: Sancho había de ser otro manchego, como su amo, grave y digno, incapaz de proferir un chiste. Notemos que Sancho no dice gracias ni agudezas jamás: sus frases y refranes son oportunos por su naturalidad ó por su incongruencia aparente, según los casos; pero la gracia está en la figura y en la situación, como conviene al verdadero humorismo.

Todos los pormenores relativos á la locura de Don Quijote, tan sobriamente apuntados, le parecían á Cervantes discretos y puestos en su lugar. Le agradaba la primera salida, la descripción del campo de Montiel y de cómo el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor como entra siempre el sol de la Mancha en Julio. Juzgando para sus adentros, celebraba Cervantes su oportunidad y tino en la llegada de Don Quijote á la venta.

Esta llegada—pensaba—es nobilísima. Todas cuantas razones Don Quijote profiere, son corteses y caballerescas. Bien es que tome al orondo y pacífico ventero por un poderoso castellano, y á las blanqueadas mozas del partido por nobles doncellas. La grandeza de su situación no le impide tener hambre y manifestarla sin retóricas, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Como se forma una idea fantástica de cuanto le circunda, Don Quijote no tiene tampoco noción del tiempo. Al poco rato de velar las armas le dicen que han pasado cuatro horas, y se lo cree. La escena de armarse caballero es manifiesta parodia de los libros de caballerías, pero la primera aventura, la de Juan Haldudo, el rico labrador del Quintanar, no es sino de la realidad misma, sin que en ella haya nada altisonante y desaforado. Cualquiera, sin ser caballero ni conocer á Amadís, haría lo que Don Quijote, juzgando y hablando con toda cordura. Al final de su reprensión lanza, como un grito de guerra, su nombre sonoro á los vientos: «que yo soy el valeroso Don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones», con el mismo orgullo con que lo hace en las batallas de su poema

Miocid Ruy Díaz. Aquel es el primer choque de Don Quijote con la amarga realidad, con arte sublime preparado, pues la buena acción resulta fallida y contraproducente. La reparación del muchacho Andrés al cabo de muchos capítulos, y sus maldiciones á Don Quijote y á sus caballerías, son un pequeño poema de Campoamor, intercalado con la intuición de lo que hay de humorismo irreparable en la vida.

Los mercaderes toledanos aparecen á Don Quijote, como tanta gente soberbia y descomunal se le había presentado á Cervantes en la vida. Confía Don Quijote que la razón servirá antes que la fuerza. Las palabras del mercader burión, pura, fina é hidalgamente toledanas, que es como decir de la más graciosa y encubierta sorna que existe en España, preparan cruelmente la brutalidad del mozo de mulas. A Don Quijote le han apaleado por primera vez, y como reputaba imposible tal insulto, no puede menos de emplear el gran recurso español de volver los ojos á la dorada leyenda, recordando el romance del Marqués de Mantua, y entregándose á las consiguientes lamentaciones. El vecino Pedro Alonso es la primer alma cuerda y compasiva, que hace algo porque Don Quijote vuelva á la razón. El malferido caballero se revuelve orgulloso al oír mentar sus locuras, y exclama, con altivez misteriosa, como obedeciendo al pensar de su autor: «Yo sé quien soy, y sé que puedo ser, no sólo lo que he dicho, sino todos los doce Pares...» donde se ve la arrogancia castellana fanfarroneando al día siguiente de la derrota.

Por no cansar los ánimos de los leyentes, introduce Miguel aquí, el escrutinio de la librería de Don Quijote, donde apunta sus gustos y preferencias críticas, halaga á sus amistades y consigna sus desgracias. Aparecen allí el cura y el barbero, aquél ingenioso, delicado, socarrón, como tantísimos clérigos que había entonces en España, á quienes aún no había invadido la oleada de tristeza negra que después cubrió y embadurnó todo cuanto con la religión tenía algo que ver. Este cura, Pedro Pérez, es un descendiente de los alegres clérigos españoles de que tan pocas muestras se ven ya en las ciudades, raza simpática y bon-

dadosa, humana é indulgente que valió á la religión más imperio en las almas que todos los tetricos razonamientos de frailes y predicadores. El cura Pedro Pérez no mentaba á sus feligreses el infierno, sino en último caso; su discreción mundana se echa de ver desde las primeras réplicas á Don Quijote.

Cuando el buen hidalgo ve tapiada su librería, procede como loco á quien se le ha secado el cerebro (hoy decimos á esto falta de riego sanguíneo en la corteza cerebral): vuelve y revuelve los ojos *sin decir palabra*. ¿No es de loco *clavado* esta actitud?

Sale á relucir Sancho, cuya salida era menester preparar. El estado de ánimo propio de este sota-grande hombre al salir con Don Quijote, en el rucio «hecho un patriarca, con sus alforjas y su bota», es el mismo de los hidalgos extremeños y castellanos al partir para las Indias, sin saber lo que ello sería, atraídos por la curiosidad y la ganancia; él no sabía lo que eran ínsulas, reinos ni gobiernos; quizás no conocía el nombre del Rey, como les sucede hoy mismo á muchos labriegos y pastores de su tierra, pero en la baja-za de su alma cabían todas las ambiciones: sentíase capaz de ser emperador, aun cuando ignoraba con qué se comiese tal título. Don Quijote, un poco alucinado, un poco ladino, no quiere que su escudero aspire á poco, antes bien cultiva su ambición, diciéndole: «no apoques tu ánimo tanto que te vengas á contentar con menos que con ser adelantado».

Al salir ya Don Quijote prevenido con su escudero y todo el matalotaje de las caballerías andantescas, ¿cuál había de ser su primera aventura, sino la ya entrevista desde muchacho por Cervantes, tal vez al divisar los molinos del Romeral, ó los de la Mota del Cuervo, ó los de Criptana? Necesitaba acreditar con una temeridad épica la verdadera y denodada valentía de Don Quijote.

¿Puede creerse hecho y pensado al acaso un libro donde se inician los sucesos en esta forma, obedeciendo á una ponderación artística tan sutilmente buscada? Por los molinos de viento comenzó Cervantes á pensar en las caballerías y por los molinos de viento comenzaba Don Quijote al arrancarse resueltamente de su vida de hidalgo pobre y sensato,

«el más delicado entendimiento que había en la Mancha». «Esta es buena guerra—exclama ansioso al ver los gigantes—y es gran servicio de Dios.» Tal vez no de distinto modo que las aspas de los molinos, se movían en Lepanto, frente á los calenturientos ojos de Miguel, las palas largas de los remos que en los bancos de los bajeles enemigos los forzados manejaban. Gigantes eran también y aquella era buena guerra y servicio de Dios, de donde heridas honrosas é inútiles resultaban.

No se quejó Don Quijote del dolor, que no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les caigan las tripas; sí se lamentó de haberle faltado la lanza. ¿No recuerda esto algunas faltas de armamentos notadas después de la derrota? y ¿no pensamos siempre los españoles, tras un desastre, en los malignos encantadores que nos persiguen y achacamos á algún desconocido ó inventado Frestón nuestras propias culpas, causantes de todo daño?

El diálogo que al molimiento de Don Quijote sigue, pinta el carácter de Sancho é ilustra al lector sobre los sentimientos del caballero y del escudero.

Sobreviene la batalla con el vizcaino, y de nuevo adquiere la figura de Don Quijote proporciones humanas y su efectivo denuedo se manifiesta. ¿Por qué suspende Cervantes su narración? ¿Es por imitar al *Amadis*, como indica Bowle? No, no lo creamos. A Cervantes le hace falta sacar á Cide Hamete Benengeli, el historiador concienzudo é impasible que ha de contar las cosas como cree y expone él mismo que debe escribirse la historia.

Con el vencimiento del vizcaino, la ficción caballeresca, que anda siempre deseando agarrarse á dato cierto ó á hecho sangrante, cobra nuevo brío. Sale á relucir el bálsamo de Fierabrás, y con tal motivo, amo y mozo discurren sobre lo que deben comer los caballeros andantes. Poniendo pie en este coloquio y vuelto á una esfera de razón á que no llegará nunca ninguna inteligencia vulgar, pinta Don Quijote á los cabreros la edad dorada, se humaniza con Sancho, le hace sentar á su vera, trata de hermanos á aquellos pobres hombres que apenas le comprenden, pero que sólo de oírle ya le aman. Es la misma sublime sencillez de



Jesucristo hablando á los pescadores, la santa simplicidad del Pobre de Asís, dirigiéndose al lobo y á las tímidas alondras y á la hermana agua.

De tan elevada consideración desciende con suavidad el ánimo á la pastoril blandura de la muerte y amores de Grisóstomo. Aquí pone Cervantes la parte bucólica de su ingenio, buscando agrandar á los cortesanos y escritores de oficio, y para que no se dude del fingimiento, cuida Antonio el pastor de declarar que el admirable romance *Yo sé, Olalla, que me adoras* lo compuso el beneficiado, su tío, y Sancho se queda dormido al oír los versos del pastor. No era este pasaje para el vulgo, ni gentes de poco más ó menos podían gustar aquella vibración erótica, en que se ve temblando de anhelo á todo un valle por los amores de Marcela, ni los razonamientos de Don Quijote sobre si es posible existir caballero sin dama, ni la ideal descripción de Dulcinea, ni tampoco el elogio de Grisóstomo, en el cual no será osadía excesiva ver algo de autobiográfico, ni los conceptos platónicos en que la ensoñada Marcela, figura ideal fabricada con la pasta que sirvió á Shakespeare para forjar el volátil espíritu de Ariel, expone los conceptos platónicos que Fray Luis de León vulgarizó, y otros por él no tocados sobre el amor y la hermosura, é inicia el magno asunto del libre albedrío, que á novelistas y dramaturgos acuciaba ya, como antes á los filósofos y teólogos.

De estas alturas inefables desciende súbitó Don Quijote para caer bajo las estacas puestas en las manos rústicas y enojadas de los desalmados yangüeses. Quisiera Don Quijote dejarse allí morir de enojo.—¿Qué quieres, Sancho hermano?—le dice, reconociendo la igualdad de escuderos y caballeros ante el dolor: y después, ya más sosegado, discurre sobre la calidad de la afrenta. Con esta parte tragicómica se preparan los sucesos que en la venta han de ocurrir.

La buena Maritornes nos abre el portón para penetrar en esta pequeña Iliada del humorismo. Sucesos reales é imaginados se mezclan y confunden aquí, y el arte del autor es tal, que no se sabe á donde la verdad comienza y la ficción acaba: ó es que la verdad, cuando con tanto rigor

se reproduce, trazas de ficción tiene. Comparaba quizás Cervantes aquella venta suya con las de Guzmán de Alfarache y con las de otros libros, y conocía cómo pasaba por la del Quijote un soplo de idealidad humorística en ninguna otra narración encontrada. Amontonaba él los hechos: pero no en forma que su tropel y sucesión no fueran posibles y aun probables. El manteamiento de Sancho y la mohina que le da y sus intenciones de volverse al pueblo, y aquél paternal y cariñoso «Hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas», ya estaba Cervantes seguro de que habían de conquistar y convencer al lector. Al salir de la venta, Don Quijote ama tiernamente á Sancho, sin darse cuenta de ello, y el lector, á Sancho y á Don Quijote.

¿Quién duda que la aventura de los dos ejércitos de burregos, donde estallan y detonan los nombres y apodosos sevillanos y gaditanos de Alifanfarrón y de Pentapolín, de Micocolemo y de Laurcalco, de Brandabarbarán y de Alfeñiquen del Algarbe, de Timonel de Carajona y de Pírreres Papín, que era un naipero giboso de la calle de las Sierpes, encierra alusiones á personajes famosos de Andalucía? Quienes sean éstos no he de ser yo quien lo ponga en claro, que escritores de mayor autoridad han de esclarecerlo.

Surge, tras ésta, la aventura del cuerpo muerto, y por primera vez no las tiene todas consigo el temerario Don Quijote y los cabellos se le erizan, como al temido león la melena: excomuniones andaban de por medio y no olvidaba Cervantes lo que en Ecija le pasó, y á ello son debidas sus recelosas protestas, casi balbucientes: «La Iglesia á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano...» Ya había llevado muchos golpes el caballero: ya le llamaba Sancho *el de la Triste figura*: ya Sancho soltó su primer refrán, cuando se inicia con misteriosa entonación poética la aventura de los batanes. «Yo soy aquél—exclama recobrando toda su arrogancia de golpe, al olfatear el riesgo—yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos...» y con esto se decide á perecer en la demanda. ¿No es esto un verdadero libro de caballerías? ¿No es Don Quijote un real y efectivo caballe-

ro andante, quizá el único efectivo y real? ¿No se pone á los peligros con tanta valentía como la necesaria para vencerlos? Y en este punto extremo de su bravura y resolución, el genio de Cervantes pone el miedo y el mal olor de Sancho con admirable delicadeza y prodigiosa intuición de la fuerza humana del contraste. A esto no llegó Homero, ni otro autor ninguno antiguo ni reciente. El amanecer junto á los batanes, la risa de Sancho, la iracunda paliza que le dá Don Quijote y aquél oportuno preguntar el escudero por su salario, después que tiene las costillas brumadas, son lo divino que se humaniza, es el poema de caballerías que se agacha y se dobla hasta rozar y codearse con la novela de pícaros y, para más claramente mostrarlo, viene, en pos de ésta, la aventura de los galeotes, donde tonto será quien no vea un desahogo de Cervantes contra la sociedad entera que le había maltratado y menospreciado ó desconocido en tantas ocasiones.

No son caballerías soñadas aquellas, sino palpitantes y actuales malandanzas. Con el viejo alcahute de la barba blanca entramos en el reino de la paradoja, que tanto nos gustó á los españoles recorrer. Con Ginés de Pasamonte vemos presentarse al único héroe capaz de afrontar al Ingenioso Hidalgo. Reparad el entono y magistral seriedad con que habla Ginés, el personaje de mayor inteligencia mundana que sale en la historia: fijáos en que tiene su vida «escrita por estos pulgares» y empeñada en doscientos reales. ¿Quién duda que esta *Vida de Ginés de Pasamonte* fué uno de tantos libros como Cervantes se prometió escribir? Pero no lo escribió, é hizo bien. Ya lo había escrito su amigo Alemán, y después lo escribiría su amigo Espinel. Claro en demasía era el concepto de una España servidora de muchos amos, en esos libros contenido. Los pícaros, donados habladores, buscones y mozos de buen humor, ya nada conservaban de las antiguas grandezas: eran los villanos andantes, hijos de Ginesillo, tal vez biznieto de Lucio el de las transformaciones. Pequeña cosa era esta para Miguel. Quizás intentó comenzar algo parecido al escribir las primeras hojas del *Licenciado Vidriera*, y en llegando á Italia y espaciándole en su grandiosidad, le volvió loco y

le hizo decir las verdades que solamente los niños, los locos y Don Quijote habían de poner en su lugar, las que al mismo Cervantes se le estaban pudriendo en el cuerpo desde hacía largos años...

La entrada en Sierra Morena es el *majora canamus* del *Quijote*, y es al propio tiempo una hábil retirada. Ha dicho el autor cuanto se le ha venido á las mientes sobre la justicia humana, ha escrito su protesta contra la dureza de hacer someter como esclavos á los que la Naturaleza hizo libres, ha fiado todo á la divina sanción, como un cristiano primitivo ó un anarquista de hoy. Consciente en todos los momentos del valor representativo y de la eficacia de su obra, comprende que hay que mezclar natura con bemol, como diría el gracioso Francisco Delicado, y se mete en las fragosidades de la sierra y discurre la penitencia de Don Quijote y hace aparecer á Cardenio desgrefñado y torvo, brincando de risco en risco. Don Quijote ofrece al caballero sin ventura servicios cien veces superiores á los de la humanidad corriente. Sublime es la delicadeza con que se presenta á él, no ya como caballero andante de los que desfacen agravios y enderezan entuertos, sino como hombre dispuesto y apto para remediar y consolar cualquier dolor, compartiéndole.

Cardenio, que habla casi en rima, como un elegante poeta de la fina casta de Córdoba, nos conduce á un mundo de muy distinta calidad que el recorrido hasta entonces. Su espiritualidad cortesana induce á Don Quijote á la penitencia y magnifica y ennoblece la acción: sus palabras, dignas de D. Diego de Mendoza por lo bellas y sabiamente concertadas, llevan á Don Quijote y conducen al lector á alternar con caballeros de veras y señoras y señoritas de lo más empingorotado. Todas las cortesanas aventuras que se relacionan con la de Cardenio, como la aparición de Nausicaa, digo, de Dorotea, lavándose los pies en el arroyo, las discretas razones con que Úlises, digo, el cura Pedro Pérez, le habla, la lectura de la novela del *Curioso impertinente*, que Miguel tomó de una antigua *novella* italiana perdida é incrustada por Ariosto en su poema, levantan la acción y la llevan á términos tales, que Cervantes puede,

gracias á ello, introducir en la venta un abreviado resumen de toda la sociedad contemporánea y en él pintar cuánto y cómo sentían caballeros y señoras de la aristocracia, graves magistrados, capitanes cautivos, viandantes y cuadrilleros, y cómo toda aquella compleja sociedad, movida por los más varios intereses, atendía á Don Quijote, se interesaba por él y, en el fondo, no acababa de resolverse en si estaba ó no loco.

Trazó en estos capítulos Cervantes, como de pasada, su Psicología del amor, en el estudio y pintura de los tipos de Dorotea, Luscinda, Clara y Zoraida y hasta en las azoradas y confusas Maritornes y la hija del ventero á quienes aquella cálida atmósfera aguza los dientes y les hace la boca agua. Pintó esa especie de tácito acuerdo que en la sociedad se opera ante un hombre ó un hecho extraordinario. Todos los asistentes á la venta estaban conformes en seguirle el humor á Don Quijote y embaucar al barbero, afirmando ser yelmo la bacía y todos después, sin manifestarlo, estaban de acuerdo con el cura en que se debía enjaular á Don Quijote por loco; pero al separarse, de fijo que cada cual por su camino iba pensando que sólo Dios podría conocer quién era el loco y quiénes los cuerdos. La perturbación que el haber oído á Don Quijote el discurso de las armas y las letras y el haberle visto en la batalla con los cueros de vino, produjo en el ánimo del oidor, del cautivo Pérez de Viedma, del amansado Cardenio, y el desasosiego que después en el espíritu del discreto canónigo causa esta misma duda, se comunican á los lectores y ya desde que el *Quijote* salió debieron acometer á todos los hombres de buena voluntad y de claro intelecto que leyesen el *Quijote*.

El episodio misteriosamente, esotéricamente simbólico del cabrero que va en pos de la hermosa cabra fugitiva, nos causa hoy una vaga inquietud. Esa cabra que, cuando su amo cuenta la historia de Leandra la antojadiza, *mirándole al rostro daba á entender que estaba atenta*, ¿qué significa? He aquí un incidente del más alto valor filosófico y estético en el que nadie se ha fijado. ¡Cuántas veces el combatido, el desgraciado Cervantes, sentiría perdersele la razón, extraviársele la inteligencia, desmayarle la voluntad y exclam-

maría, como el cuitado pastor filósofo:—¡Ah, cerrera, cerrera, manchada, manchada, ¿y cómo andáis vos estos días de pie cojo? ¿Qué lobos os espantan?...

Y los lobos, que son los hombres unos para otros, aullaban en torno de él...

Veinte años casi eran pasados desde que Miguel, lleno de ilusiones, compuso la *Galatea*, casó con doña Catalina de Salazar y tuvo amores con Ana Franca. Lo que de su juventud le quedara en el corazón no sería mucho. Las horas de felicidad habían sido cortas: acaso entre todas ellas no compusieron un día: larguísimo, en cambio, los años de tristeza y desventura. Dejaba Miguel en Sevilla, gozando sus otoños ó sus inviernos á muchos ancianos poetas de blancas barbas florecientes, como Baltasar de Alcázar, que habían sabido pedir á la vida lo que ella dar puede y disfrutarla calmosos, discretos.

A la placidez y serenidad de Sevilla apenas llegaban aún las melancólicas nuevas de los males que afligian á España. Grave y hondo cambio se verificaba en costumbres y Gobierno. A la política personal del Rey, con Felipe II muerta, sustituyó la política personal del privado, y quiso la mala suerte que el privado fuese hombre de tan escasa valía intelectual y moral como el Duque de Lerma.

Quien haya visto el retrato de Felipe III por Velázquez no ha menester mayores ni mejores explicaciones de lo que no fué decadencia, sino despeñamiento.

Felipe III era un pobre ser linfático, clorótico, de colgante labio, de sumidos aladares, de claros, inexpresivos ojos, de planta neciamente fanfarrona; gran jinete, cortó lector y tan pobre de inteligencia que su ayo y preceptor el arzobispo toledano D. García de Loaysa apenas pudo imbuirle cuatro devotos conceptos en el angosto cráneo. Muchas veces he tenido en mis manos el pectoral que usó don García de Loaysa: es un humilde, una sórdida cruz de latón, sin adorno, piedra, filigrana ni repujado alguno. Este cardenal no había sido hecho para infiltrar en el ánimo de su apocado alumno ideas de generosidad y de grandeza. Este cardenal, digan lo que quieran las historias, era un pobre diablo, y otro pobre diablo fué el Rey á quien dicen que educó.

Casaron á este pobre diablo de Rey con una princesuca austriaca, duodécima ó vigésima hija de cualquier duque ó príncipe de los que abundaban en su tierra como aquí los hidalgos. Doña Margarita de Austria era una buena é insignificantisima señora que, cuando fueron á buscarla para compartir el trono de España con su esposo, estaba en un convento, hospital ó asilo, dando muestras de las más relevantes virtudes. Formaron D. Felipe y doña Margarita un matrimonio burgués, arregladito y económico, cual era conveniente á los apuros de la nación, pues no se ponía aún el sol en los dominios de España y ya ni el mismo Rey tenía un cuarto.

Aunque Lerma tuviese, más que de águila, de urraca guardadora, bien conoció que á semejantes seres convenia divertirles y los llevó por España de fiesta en fiesta, les procuró remuneradas ovaciones, les hizo creer en esa felicidad universal cuya ostentación tan propicios halla los ánimos de los tontos. Una espesa atmósfera de bobería comenzaba á formarse en los alrededores de palacio. De él iban huyendo los caballeros de las barbas agudas y de las mejillas macedradas y de los ojos soñadores que Theotocópulos pintó. De la semilla echada en las casas de la grandeza por los primeros místicos y ascéticos iban recogiéndolo el fruto aquellos escurridizos é insidiosos eclesiásticos que las gobernaban á su talante y voluntad, absolviendo los deslices de las señoras y compaginándolos habilidosamente con los de los señores. A la seguridad y firmeza con que se pensaba y se procedía en tiempo de Felipe II había reemplazado una voluble intranquilidad, una inconsistencia casi gelatinosa de las voluntades. El miedo reinaba en los palacios Reales y en los de la nobleza: un miedo inexplicable, absurdo, Dios sabe de qué, del pecado, de la contaminación, de la herejía.

La Inquisición velaba, pero la heterodoxia andaba no menos despierta, y si no contó con varones tan preclaros intelectualmente como los protestantes españoles del tiempo del Emperador, sí prosiguió haciendo su propaganda en la obscuridad, trabajando el pensamiento de este y de aquel, no el de la masa. Andaba la Inquisición persiguiendo á relapsos é iluminados, á ilusos é iludentes de menor

cuantía y mientras tanto dejaba pasar conceptos é ideas, que en el púlpito y en el libro moldeaban las almas é influían en ellas.

Hay toda una parte secreta de la Historia de España en estos años en que parecía todo el mundo suspendido y embozado, la cual está por escribir. Recelos, sospechas y desconfianzas increíbles dominaban á la general debilidad de los espíritus. Unos á otros se miraban de reojo todos los españoles. Necio sería no darse cuenta de cómo esta intranquilidad, esta inseguridad, esta mal saciada hambre del alma y del cuerpo, se reflejan en todas las obras de nuestro siglo de oro, y les privan de aquel empaque augusto, clásico y severo que en las obras del siglo de Luis XIV sustituye á la profundidad de la visión y á la humanidad de los personajes y de sus sentimientos. Como nunca nuestros escritores, ni siquiera el mismo Lope, gozaron del reposo indispensable á la perfección clásica, todos ellos son unos rebeldes, unos nerviosos, excitados, hiperestésicos, y así no tenemos verdadero clasicismo, y no debemos lamentarlo. Sólo un alma, serena y clarividente, la del gran P. Mariana, podemos considerar como clásica de veras, entre todas las demás, turbulentas y agitadísimas.

Poco hubiera sido para Cervantes tropezar con un ambiente clásico. Mejor que nadie hubiera podido ser clásico el autor del discurso de las armas y las letras y de la historia de Cardenio, y de las razones de la pastora Marcela: no lo fué, sin embargo, y es bien que no lo fuese. Con cuanto había sentido y pensado en sus tiempos heróicos, en los graves años de Felipe II, chocaba y se estrellaba cuanto, anticipándose al juicio general, sentía y pensaba ya en los caricaturescos días de Felipe III. Para alumbrar aquellos primeros años era menester la fuerza y brillantez del sol de la Mancha: para iluminar estos segundos, bastaba arrojar sobre ellos el resplandor de los anteojos implacables de D. Francisco Gómez de Quevedo. Se hallaba Cervantes á horcajadas sobre dos épocas tan distintas que, sólo alzando el vuelo cuanto lo alzó, pudo salvar las cumbres de los siglos y las de las naciones. En aquel momento crítico en que forjó su obra, España había dejado de ser



interesante. Le faltaba ya á la nación entera ese punto de locura que á destinos inmortales conduce á hombres y á pueblos. Por eso fueron locos Don Quijote y el licenciado Vidriera, y aquel otro de Córdoba y aquellos de Sevilla, portavoces de la verdad que á Cervantes se le escapaba de los escondrijos de la conciencia.

Sólo una grande y épica locura, sólo un libro de caballerías—pensó Miguel,—podía alzar á la vulgaridad y á la tontez generales del fangal y del terraguero, y por eso hizo un libro de caballerías de veras. Solamente la risa y el desprecio, los palos, las puñadas y las comilonas, pueden excitar á este vulgo cansado y abatido—pensó también,—y por eso creó á Sancho y quiso, no sin gran dolor de su corazón, que Don Quijote fuese apaleado, ultrajado, desconocido por la turbamulta, en lo cual no poco había de parte autobiográfica. No se ve claro aún el porvenir ni se vislumbra si tendremos redención ó quedaremos en tal estado—meditó después;—y dejó acabar la primera parte con una gran perplejidad para él mismo y para el lector.

No olvidemos que esto pasaba en 1603, cuando aún no existía el Felipe III de Velázquez. El caballero andante había sido enjaulado por loco, pero vivo se hallaba y podía volver á salir pidiendo guerra y el escudero se prometía aún nuevas ganancias. El yelmo de Mambrino era bacía, eso teníanlo por indudable cuantos le palparon, pero aún más grabados que esta convicción, estaban en sus almas los conceptos sublimes de labios de Don Quijote caídos. La cabra errante del malhumorado pastor sujeta estaba, pero aún podía salir huyendo de los imaginados ó reales lobos que la perseguían.

Quedaban, pues, la obra y el pensamiento de Miguel en relación con la realidad en que vivía, no en distinta situación de aquella en que el gallardo vizcaino y el valeroso Don Quijote quedaron antes que los enhebrase al hilo de su pluma el sabio Cide Hamete. Y reflexionando Cervantes sobre esto, notaba y hacía notar marcándolo aquí y allá, y recalándolo en tal ó cual pasaje, cómo, en suma, aquel caso por él concebido era la imagen de la vida entera y no ya sólo el particular reflejo de un estado social que podía

seguir adelante ó transformarse radicalmente, que podía ser una siesta, un sueño ó un letargo. Turbados y confusos dejaba á los lectores, porque turbado y confuso estaba él, pero no tanto que no dejase abierta la puerta ó entornada por lo menos, para que una mano bienhechora ó un viente-cillo sutil ó un huracán, la abriesen y dieran acceso á la esperanza.

No estaba Cervantes enteramente desesperanzado, no podía estarlo, conociendo á España, la resucitada eterna, y conociéndose á sí mismo, que de tales y tan recios trances había salido con vida, y apreciando en lo justo el valor de su obra. De la posteridad estaba seguro. Tratábase tan sólo, en la ocasión presente, de asegurar el día de hoy y el de mañana, en los que nunca pensó Miguel con la necesaria tenacidad y el indispensable empeño. El mundo grande, lo que fuera de España y del tiempo actual presentía, de sobra conoció él que no había de escapársele. El mundo pequeño era el que necesitaba conquistar y el momento presente, puesto que la vejez se acercaba y el sosiego del anochecer no venía á su agitado corazón.

Y ocurrió entonces el caso, menos raro de lo que suele pensarse, de que la visión artística de la realidad, en la forja y composición del Quijote adquirida y perfeccionada, le sirviese de pauta para encarrilar sobre ella su vida ó intentarlo cuando menos. No maldigamos nunca á los libros ajenos ni á los propios, ni á las locuras y á las corduras que engendran. De sí mismo había partido Miguel, de los contrastes, batallas y apuros porque había pasado en su existencia, y de ello saltó á los libros de caballerías que le esclarecieron y le ensancharon el horizonte, y en este ensanchamiento y claridad vió cuanto en su tiempo era posible ver de la vida particular y general de un pueblo, y cuanto de la vida universal y eterna saben ver tan sólo los genios como él.

Elástico ya su espíritu, se recogió en sí mismo, á sí mismo volvió, aunque ya no era, ¿cómo había de ser?, el mismo de antes. Si cualquier fruslería, unos amores fracasados, una cuestioncilla de amor propio, una obra teatral ó un discurso que tengan éxito nos transforman y nos vuel-

ven otros, ¿qué transformación no sería la de Miguel después de escribir la primera parte del Quijote y coincidiendo precisamente con el cambio que en todas las clases y estados de la nación se verificaba, manifiestamente? Cuáles serían los aumentos y las inesperadas grandezas de su alma rica por fin y más que rica opulenta, apenas podemos imaginarlo.

Quizás entonces, con melancolía honda, cayó en la cuenta de su error pasado y pensó cuánto mejor le hubiera sido seguir escribiendo novelas y comedias y no meterse en las andanzas de comisario de abastos y cobrador de rentas y alcabalas: quizás, después de pensar esto, se hizo cargo de que no había perdido aquellos veinte años, durante los cuales el héroe y el poeta se convirtieron en lo mejor, en lo único que se puede ser en este bajo mundo, pues á ello nos envían: en un hombre, tan hombre que los demás con razón le llamasen genio. En el mundo no había que perder, en realidad, más que la vida: lo demás no eran pérdidas, ó cuando lo fuesen, medios había para trocarlas en ganancias seguras y perdurables. Y la vida por él presentada en el libro inmortal, aún no quería soltarle: y vivo estaba también Don Quijote.

La patente de vida más enérgica, más original, más alegre, más demostrativa del dominio de sí mismo y de la galanura y contento y lozanía de su alma la escribió Cervantes, componiendo el maravilloso, el donosísimo, el archimoderno, el suelto, el ligero, el agudo prólogo del *Quijote*, los versos de cabo roto y los demás en que, por cierto, sin gran disimulo, ataca resueltamente á Lope, quien, cediendo á su versátil condición se había enojado con Cervantes, á quien creía autor del soneto de cabo roto también que contra él y contra sus obras compuso D. Luis de Góngora:

Hermano Lope, bórrame el soné-

Quizás fué entonces, cuando Lope lanzó otro suyo insultante y procacísimo contra Miguel. Fuera así ó no, Miguel veía que la atmósfera de gurruminez y de minucia en que estaba envuelto lo más alto de la nación contaminaba tam-

bién á los hombres á quienes él conocía por genios de primer orden, como Lope y Góngora.

Apenas apartados un momento de la tiesura y rigidez retórica anterior á Cervantes, los literatos volvían á ser literatos, políticos los políticos y la realidad se empequeñecía, circunscribiendo á los hombres y engurruñéndoos dentro de su oficio. Divino oficio, en manos de Lope y de Góngora, pero oficio al cabo, con todas sus rutinas y sus patalallanas.

Veía también Cervantes cómo la masa no lograba tener color definido, ni anhelos que la calificaran y concretasen, y en tanto, las individualidades poderosísimas que en tan fecunda época iban naciendo y trabajando, daban golpes en vago, batíanse con fantásticos gigantes y emprendían hazañas teatrales, como las de Lope, únicas que lograban sacar de su modorra al vulgo de abajo, ó caballerías culteranas, como las de Góngora, únicas que despertaban la atención del vulgo de arriba. La sociedad ficticia, que era reflejo del teatro ó de la cual el teatro era reflejo, pues algo de ambas cosas ocurriría y cuya existencia notara ya Cervantes en su último viaje á la corte, había crecido: las teatrales costumbres, que suelen reemplazar á las heroicas en los comienzos de toda decadencia, se abrían paso y se desarrollaban hasta dominar en todas las clases de la sociedad. Los originales de Lope y los de Tirso pululaban ya en Madrid, en Toledo, en Valladolid, y al utilizarse las sensaciones femeninas y las masculinas, que, al cabo, no son sino ecos de ellas, comenzaban á apuntar aquí y allá las debilidades y las excitaciones inesperadas y el *titititi* casi epiléptico de la melindrosa Belisa comenzaba á correr como un escarabajo por pechos y espaldas de las mujeres, que guiaban á los hombres entonces, como ahora.

Nació en aquel tiempo lo que llamamos neurastenia, hiperestesia y otra porción de nombres raros, que no indican sino falta de robustez. Al rey linfático y clorótico y á la grandeza educada por frailes biliosos, neuróticos y candidatos á la locura en cualquier otro clima y lugar menos propicios á la paradoja y al absurdo como regímenes de vida, correspondía una sociedad inquieta, trastornada, in-

capaz ya de acciones grandes, ansiosa de emociones fingidas, amante del teatro.

En tal concepto, *Don Quijote* era un libro de caballerías hecho para castigar aquellos nervios, un revulsivo para la piel amarilleada en el encierro místico, y en las metafísicas amorosas aridecida, un libro azote, un libro martillo, un libro antorcha: y su elaboración no estaba concluida aún ni mucho menos, porque Cervantes no había acabado de penetrar en lo espeso de la sociedad española, que ya no se hallaba en la plácida Sevilla, sino en los secos y enjutos lugarones acortesanados, en Madrid y en Valladolid: y ya se nota que en la primera parte del *Quijote* hay locos, pero no hay enfermos, y ya se reparará cómo en la segunda parte la duquesa tiene la fuente de que nos habla doña Rodríguez, y el hijo del caballero del Verde Gabán adolece de otra enfermedad característica, que se llama decadentismo poético, y Basilio, el pobre, está á punto de suicidarse por los amores... Por eso la segunda parte encierra ya lo irremediable, mientras que en la primera queda ancho lugar á la duda, que es una con la esperanza.

Desde la grandeza augusta del Escorial, la corte de España, cediendo á conveniencias del omnipotente Lerma, se había trasladado á Valladolid. Era esta una prueba á que el orgulloso Duque quería someter al rey, primero, cuya vacilante voluntad cedió pronto, y además á los otros cortesanos. Ya sabía Lerma que quienes se mudasen desde luego y de buen grado á Valladolid eran los suyos, los afectos, los incondicionales, como dicen ahora. Quería hacer un recuento de la gente noble, como hizo otro recuento de la gente rica, mandando que cuantas personas tuviesen plata en sus casas la mostrasen, bajo las más severas penas.

Iniciaba Lerma con esto el funestísimo error en que desde entonces han vivido en España todos los políticos conservadores, para quienes no ha habido en la nación más gente atendible y considerable que los nobles y los ricos, sin echar de ver que sólo con nobles y ricos no se gobierna, porque no es posible gobernar con los menos, cuando los menos valen poco. Tímida y medrosa iba saliendo la plata de los escondrijos y alacenas: medrosos y tímidos se mos-

traban ya cuantos poseían algo. Los grandes de España, que ya no iban á la guerra y vivían de fanfarrias y fingimientos exteriores, solían estar empeñados. Los burgueses que en sus arcas, en aquellas famosas y numerosísimas arcas donde se vendía el buen paño, según el refrán inventado por la desidia española, guardaban el metal rico, se apocaban y amezquinaban cada vez más. Nació entonces también la burguesía medrosica, amiga del apartamiento y de la reserva, de la cual es modelo el caballero del Verde Gabán: raza de sesudos, de sensatos, de mesurados, de ahorrativos, de egoístas, en suma, que para nada bueno sirve si no hay quien sepa aguijarla y dirigirla. También para estos eran necesarias las caballerías de Don Quijote y las gracias de Sancho. Aquellos burgueses no reían si no se les pinchaba un poco: su risa no era franca y noble, sensual y voluptuosa, como la de los gordos y lucios sevillanos de las barbas floridas, risa sin segunda intención cual la del maestro Baltasar del Alcázar: sino que había de ser risa maliciosa, provocada con cosquillas en el corazón, un poco miedosa, un poco ladina, risa como la del *Quijote*, después aguzada y agravada hasta el más vivo dolor por la pluma lanceta de Quevedo, cuyas cosquillas hacen brotar sangre.

El 26 de Septiembre de 1604 concedió licencia el Rey para que la primera parte del *Quijote* fuera impresa. Solían concederse estas licencias cuando ya la impresión estaba concluída ó muy adelantada. El 20 de Diciembre es la fecha de la tasa. Desde entonces, no se puede señalar día seguro á la aparición del *Quijote*. Pudo salir en Enero, en Febrero ó después, no después de Mayo, pues no hubiera dado tiempo á las nuevas ediciones que en el mismo año de 1605 se hicieron. La duda propuesta por el insigne Pérez Pastor sobre si salió antes de 1605, él mismo la ha absuelto, estudiando bien los libros de la Hermandad de Impresores de Madrid.

No ha averiguado nadie, en cambio, lo que el *Quijote* valió en dinero á su autor, que ciertamente no debió de ser mucho ni sacar de ahogos á Cervantes, pues aun cuando los literatos vaticinaran con sus envidias el buen éxito del libro y Miguel lo presintiese, no ha de suponerse que tales

razones *a priori* convencerían á Francisco de Robles para que pagase á su amigo una gran cantidad por la venta del privilegio. Injusto es pintar á Francisco de Robles como un editor codicioso é interesado que explotó á Cervantes. Al contrario, bien se ve que en sus tratos procedieron amistosamente y como antiguos conocidos. Indudable es también que Cervantes no cogió todo el dinero de una vez, sino que la prematura fama de su obra le dió pie para pedir á Robles varios anticipos sobre ella.

Pero si económicamente no le sacó de ningún apuro, moralmente la obra hizo surgir de un salto el nombre de Cervantes en el ánimo del mundo entero, por cima de los más altos y universales, y no menos que junto al de Lope de Vega y enfrente de él.

Había Lope despertado la popularidad que antes de él no existía, llamando al público de la nación entera con los gritos y acciones del teatro, á literatos é iliteratos comprensibles: la excitación producida por las obras de Lope iba ya convirtiendo hacia los libros de amenidad y recreación los ojos lectores. Ya se ve que eran populares el *Lazarillo* y el *Guzmán de Alfarache* y la *Celestina*, y que iban ganándoles terreno á los libros devotos y á los libros de caballerías. No obstante, popularidad tan grande ni tan rápida como la del *Quijote* no se había conocido jamás. Cinco ediciones se hicieron ó se sabe hasta ahora que se hicieron en aquel año 1605. El nombre de Cervantes, que no crecía en la boca ni en la pluma de los otros poetas, como hasta entonces solió suceder, se agigantaba en los labios del vulgo, de aquel vulgo cuyos instintos se habían educado en el teatro y que ya formaba donde quiera eso que hoy llamamos *público*, *opinión*, esos millares de ignorantes que componen un sabio infalible, esos millares de juicios ligeros y vanos que, unidos, forman el juicio más seguro y, á la larga, el único aceptable. ¿Por dónde andaba este público? ¿Quién era? ¿Dónde se le encontraba? Dos siglos después se hacía esta pregunta el gran Fígaro y no acertaba á responderla.

El *Quijote* estaba en manos de todo el mundo, en las posadas, en las covachuelas, en los palacios, en los bufetes de los señores graves y en las aulas de la juventud loca. Los

tipos de Don Quijote y de Sancho hallaron instantáneamente en la humanidad el eco favorable á sus palabras, la atmósfera propicia á sus ideas y á sus hechos. Rara vez libro alguno apareció con tanta oportunidad. Miguel corroboraba entonces su opinión. No habían sido perdidos sus veinte años de malandanzas. En ese tiempo las ideas habían caminado, los gustos habían cambiado, las sensaciones se habían trocado. La transformación era enorme, crítica: enorme también la obra que de ella saltaba.

Todo el mundo, en su fuero interno, se reconocía como un poco Don Quijote, como un poco Sancho Panza, y nadie se enfadaba por ello. El mote de Sancho Panza corrió por el Palacio Real y fué pronto aplicado al P. Luis de Aliaga, que era el confesor del Rey, hombre gordo y rústicamente ladino.

Los dichos y refranes del escudero y las locuras del caballero se hicieron patrimonio común, como esas músicas y tonadillas que en pocos días corren de boca en oído por todo el mundo. Por fin llegaban para Miguel, para el viejo y cansado poeta, para el verdadero ingenioso hidalgo otros días grandes, de intensa felicidad, que nada tenían que pedir al gran día de Lepanto. Las armas cedían á las letras. Para gloria de la diestra perdió la siniestra mano el soldado viejo.

La mayor gloria posible en la tierra se le lograba: un pueblo entero se solazaba con su obra, quién reía, quién meditaba. Por las letras podía esperarse aún la redención, la inmortalidad.

Diez años median entre la primera y la segunda parte del *Quijote*: de 1605 á 1615.

Al terminar la segunda parte del *Quijote* y proseguir rematando, puliendo y acicalando el flamante *Persiles*; se encontró Cervantes en esa situación que á todos los grandes artistas les llega con la vejez, y de que él, por dicha suya, no supo darse cuenta, como no suelen percatarse ellos casi nunca. La maestría, la agilidad y ligereza alada en el concebir y en el expresar son ya para ellos tan grandes, y la fecundidad en el imaginar tan enorme, que les hacen perder los estribos, olvidarse de que tanto vale lo que se calla como



lo que se dice, y mayor y más definitivo arte hay en callar que en decir. Funesta es la facilidad de algunos jóvenes chirles: más lo es aún la ligereza y soltura de estos viejos *fa presto*, para quienes no existen obstáculos ni impedimentos en el pensar ni en el decir. Cervantes había llegado á la más alta cumbre á donde escritor alguno llegó: desde ella no cabía hacer otra cosa sino descender. El viejo ama la cuesta abajo: el viejo gusta de engañarse á sí mismo creyéndola cuesta arriba y afirmándose al bajarla en la ilusión de que para él no han llegado la senectud y el agotamiento, y de que aún son sus tropezones brincos gallardos, y sus caídas, efectos del sobrante brío juvenil.

Por eso prefería Cervantes el *Persiles* al *Quijote*, no porque no tuviese, como alguien neciamente ha insinuado, conciencia absoluta del enorme é inmortal valor de su obra compuesta *para universal entretenimiento de las gentes*, según Sansón Carrasco; de su obra, cuya claridad y popularidad eran tales, que «los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran... unos le toman si otros le dejan; éstos le embisten si aquéllos le piden;» de su obra, de la que el mismo Don Quijote decía: «Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia.» El amor de Cervantes al *Persiles*, su último hijo, fruto de la fecundidad de su vejez, no le quitaba conocimiento de cuánto valía el *Quijote*. En todos los lugares citados y en otros muchos del *Quijote*, reconoce Miguel y hace constar la inmortalidad y la universalidad de su libro, mientras que el *Persiles* lo elogia sólo para el Conde de Lemos, á quien probablemente gustó, en efecto, el *Persiles* más que el *Quijote*. «Con esto—son las palabras de Miguel—me despido, ofreciendo á V. Ex. los trabajos de *Persilis* (*sic*) y Sigismunda, libro á que daré fin dentro de quatro meses, Deo volente, el qual ha de ser, ó el más malo ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, *quiero decir de los de entretenimiento*, y digo, q me arrepiento de haber dicho el más malo, porque según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible.»

¡El extremo de bondad posible! ¿No suena esto á las ala-

banzas que un padre viejo hace de su benjamín, sin olvidar en el fondo de su alma, el amor al primogénito, mozo honrado y fuerte que sostiene la casa? De la inmortalidad del *Persiles* no escribió Cervantes una línea sola: de la del *Quijote* se hallaba profundamente persuadido. El poeta amaba á la querida que en la vejez le deparó la suerte, pero sabía que no era ella quien había de salvar su nombre del olvido. Así es como parece justo entender este punto de la psicología de Cervantes, resuelto de plano por tantos escritores. No se puede creer en los genios inconscientes: retirada está ya en definitiva esa teoría romántica. Y si en alguna obra luce y brilla la más absoluta conciencia de cuanto el autor iba haciendo, es en la segunda parte del *Quijote*.

La segunda parte del *Quijote* marca, en cuanto al pensar y en cuanto al hacer, lo que puede llamarse *la segunda manera* de Cervantes: en ella el autor llega á vislumbrar y conocer las cosas y las personas en sus líneas y rasgos sintéticos y precisos. Ve de todo lo que vemos todos sin darnos cuenta, pero él lo ve haciéndose cargo y forzando á nuestra distracción y volubilidad á hacerse cargo. Para él no hay pormenor insignificante y si una vez se descuida ó parece olvidar algo, estad seguros de que lo ha hecho adrede, porque ello merecía descuidarse y desfumarse en una voluntaria dejación. Dice cuanto quiere decir, calla cuanto le importa callar, prescinde absolutamente del afeite retórico, aliña y adereza la frase con el pensamiento y no el pensamiento con la frase. No es un literato de los de su tiempo, ni de los de ningún tiempo.

Esta ficción vana y huera que bajo el nombre de *Literatura* ha venido por tantos siglos embaucando á la humanidad y que, por fortuna, va de capa caída en todas partes menos en Francia, donde apenas hay escritor cuya levita no tenga aire de casacón y en cuya cabellera no queden aún pegotes de polvos y restos de bucleado peluquín, no existe ya para Cervantes. A España estaba reservada la gloria, que nadie ha querido reconocerle, por la torpeza de sus hijos, de escribir antes que ningún otro país, con llana sinceridad, con naturalidad humana y de que el más grande y genial de todos sus escritores nada tenga de *clásico* en el

sentido académico, aparatoso y artificial de esta palabra terrible. Intentad empotrar á Cervantes en cualquier *gran siglo*, tan cómodamente como lo están en el de Luis XIV esos lindos señores de los casacones bordados y de las empolvadas pelucas que se llaman Racine, Fenelón, Labruyère, etc., etc., santos á quienes viene justa la hornacina, y veréis cómo los hombros del luchador, las piernas del caminante, los brazos del soldado y la noble cabeza, cuyos cabellos blanqueó solamente el polvo del camino, se salen del marco, le rompen, le resquebrajan. Afirmémoslo resueltamente y de una vez. Cervantes no es un literato, como Velázquez no es un pintor. La segunda parte del *Quijote* no es *literatura* como no son *pintura* las *Meninas*. La Naturaleza escoge á veces un hombre de estos para que pinte ó para que escriba, como escoge otro para que levante quinientas libras de peso y otro como el peje Nicolás para que nade veinte leguas sin cansancio y viva á su gusto bajo el agua.

Manoseadas, pero exactas, suelen ser las comparaciones pictóricas aplicándolas á la literatura. El Cervantes de la primera parte del *Quijote* es como el Velázquez anterior á las *Meninas* y al retrato del *Escultor*. La Naturaleza estaba poco á poco, porque ella no repentiza, elaborando, trabajando, perfeccionando los ojos y los cerebros del pintor y del poeta, para que llegasen á ver tan claro, como ella misma ve, y tan obscuro como lo hace, manejando á su antojo las luces y las sombras, pues para eso ella pinta con el sol y la luna en la paleta. Ni los pintores ni la pintura le importaban nada á Velázquez, como á Cervantes los literatos y la literatura, cuando el uno pintó *Las Meninas* y el otro escribió el segundo *Quijote*. Reparad que puso el libro en manos de todo el mundo: niños, mozos, viejos, posaderos, caminantes, menos en manos de escritores de oficio. Hubiera pasado de aquel punto supremo Velázquez y se habría convertido en un *fa presto*, por el estilo de tantos como ha criado la fácil y alegre Italia. Pásó de ese punto no más que un paso Cervantes y fué un poco, no más que un poco *fa presto* en el *Persiles*, admiración de los literatos, no del vulgo, sabio infalible en sus juicios *a posteriori*.

Como en su soledad tenía ratos para todo, pensaba y

examinaba atentamente el viejo Miguel su obra y le contentaba en extremo. Bien se le alcanzaba cómo en ella habían crecido y se habían ennoblecido hasta llegar á inmortales proporciones la acción y las figuras que la engendraban, y no porque la acción se complicase, pues, al revés que Lope, cada vez á Cervantes le interesaba menos la acción, le hacía menos falta para conseguir el resultado artístico. Véanse en esta segunda parte once capítulos de preliminar y preparación, en los cuales casi nada ocurre. Don Quijote va creciendo en locura discursiva, que es como decir, va haciéndose más amplio en sus miras, más grande en sus propósitos, más humano en sus proceder. Para más engrandecerle y sublimarle, crea Cervantes la única figura nueva de la fábula, el eje y quicio de su comienzo y de su conclusión, es decir, el sentido común, la lógica, el método, la prudencia pura, la razón seca, el frío discurrir, encarnados en el bachiller Sansón Carrasco, el abuelo de Mefistófeles. ¿Habéis notado cómo se ríe el bachiller? Si lo habéis reparado, veréis de qué modo esa misma risa fría, aleve, socarrona, de quien está seguro de sí mismo, de quien se halla en posesión de la verdad, os sale al paso en son de burla ó de afectuosa despección ó de triunfante *conocimiento del mundo* en los labios de los razonadores, de los aprovechadores y de los establecidos, sesudos, sentados, acreditados y competentes, siempre que intentéis cualquier generosa locura. El bachiller Sansón Carrasco no os pondrá en ridículo con una pública y sonora carcajada, pero os minará el terreno á vuestras espaldas y os desacreditará, si puede, con una suave sonrisa. No es malo, ó nadie cree que es malo: las más puras intenciones (aquéllas de que está empedrado el infierno) y los más racionales propósitos le mueven. De una sola cosa parece enteramente convencido, y á esa convicción suya funestísima debemos el rebajamiento del carácter y de la intelectualidad en España. Esa convicción millones de veces la han formulado oradores y gobernantes, periodistas, seudofilósofos y seudopolíticos, y ya ha formado costra en millones de cerebros: que la *teoría* es una cosa y la *práctica* otra muy distinta.

Sansón Carrasco es un buen hombre razonador y sensa-

to que no cree en la eficacia de las ideas, á las cuales llama locuras. Por combatirlas llega hasta lo sumo en cuanto de él puede esperarse: hasta arriesgar el pellejo, si bien, como fía en la robustez de sus juicios, confía asimismo en la de sus puños, y en ello, como en lo demás, se equivoca. No vayamos á decir que Sansón Carrasco está enteramente bien avenido con el orden de cosas: no es un burgués tan pacífico y enemigo de discusiones y alborotos como el caballero del Verde Gabán, porque es algo peor aún, puesto que él comprende el valor de las locuras nobles y las combate, conoce el ideal y le niega el auxilio de su brazo y procura soterrarle con todas sus fuerzas. Ante todo, es un espíritu conciliador y tolerante, que trata de poner una de cal y otra de arena para meter en razón á Don Quijote, y en todo caso, para divertirse con él. No olvidemos, no olvidéis nunca en la vida que Sansón Carrasco y sus descendientes, no menos Carrascos por lo desapacibles que Sansones por la fuerza que mandan, son muy amigos de divertirse, y para ellos la diversión suprema consiste en ver un idealismo caído al suelo y en contemplar á un idealista apaleado. Pero les queda en el fondo del alma un cazurrismo temible, y en caso de ser ellos los apaleados, temedles, que ya se vengarán tarde ó temprano.

¿Véis claro desde el principio cómo ni el sentido vulgar y llano de Maese Nicolás, el barbero, ni la amable y superior filosofía del cura Pedro Pérez (uno de los antepasados de nuestro reciente y apacible amigo el abate Coignard), bastaban á que Don Quijote no renovase su locura, y cómo el desolador, el igualitario, el administrativo, el rapate-rón sentido común de Sansón Carrasco, máquina de esta Segunda Parte, eran suficientes para hacer morir á Don Quijote en la cama, dejando en pos los sueños de la gloria, sin volver hacia ellos la cabeza? ¿Os dáis cuenta de cómo para el contraste supremo de su obra, comprendió Cervantes que no le bastaba la honrada simplicidad de Sancho, y por qué en la segunda parte Sancho es no menos loco que su amo, á sabiendas de que su amo lo está, y al serlo Sancho es más bueno, más humano, más dulce en sus costumbres, más ameno en sus palabras, menos duro de mollera y

hasta más valiente y resuelto? ¿Por qué esto? Porque en el discurso de su trabajada existencia, había Cervantes visto que aun los Sanchos tienen buen natural, honrados prontos y de ellos se puede sacar mucho. *Todas* nuestras locuras— dice al capellán de Sevilla aquel loco graduado en cánones por Osuna, que afirmaba ser el Dios Neptuno,— *proceden de tener los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire.*— Ya conocía Miguel á los locos del estómago vacío y del cerebro lleno de aire, y comprendía que no eran los causantes de los mayores daños los Sanchos hambrientos ni los Neptunos desvariados, sino los Sansones ahitos y razonadores, los que digerían y discurrían con perfecta regularidad á costa del hambre y de la locura ajenas.

Caballero y escudero—piensa con gran acierto el cura— se forjaron en la misma turquesa. Locos están los dos, el uno por la vaciedad de su estómago, el otro por la de su cabeza: y cuanto más locos, son mejores y más tiernamente se aman, hasta que, al final, queremos tanto al caballero del ideal, como al simple é inocente escudero, á quien, desde el confronte con la carreta de los comediantes llama Don Quijote «Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero». Conmovedora es también la amistad de Rocinante con el rucio. Hasta en este pormenor se ve el empeño de Cervantes en hacer desaparecer las asperezas del contraste, ya inútil, pues ya amo y mozo iban, sin saberlo, guiados por la mano oculta de su *racional* amigo Sansón, en cuyo nombre hemos de ver el símbolo de quien todo lo podía ya entonces, de quien todo lo pudo después y lo puede hoy: Sansón se llama la medianía, la socarronería amiga de divertirse y de pasar el rato sin cavilaciones hondas, Sansón se llama y Sansón es y comenzaba á serlo entonces, desde que, muertos los héroes del tiempo de don Juan de Austria, vivían y triunfaban los medianos; como el Duque de Lerma, á la sombra de los insignificantes, como Felipe III.

El imperio de las medianías comenzaba: y estas medianías no quieren á nadie, estas medianías son egoístas y ahorradoras, todo lo desean para sí, no saben pronunciar aquellas evangélicas frases de Sancho el bueno á su vecino

Tomé Cecial: Mi amo «no tiene nada de bellaco; antes tiene un alma como un cántaro; no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazón y no me amaño á dejarle por más disparates que haga». Disparates ó no, de ello Sancho no se halla enteramente seguro y así responde á la tentación con que el sentido común le hurga, por boca de su vecino Tomé Cecial. Antes de esto, al tocar en las paredes del Toboso, al verse á punto de que se descubriese su invención de Dulcinea, un momento de humana, de bellísima y profunda flaqueza ha sobrecogido al escudero y también al amo. A tientas y á oscuras van caminando, temerosos de tropezar con la realidad. Ya están bien locos ó ya están cuerdos de remate, puesto que la verdad real y corriente les inspira pavor. Por eso Don Quijote deja que Sancho vaya solo, ansiando que Sancho invente alguna bien urdida mentira que sea bastante para tranquilizar su conciencia, para no cerrarle la ventana de las etéreas ilusiones con algún bulto grosero y material. ¿Hay nada más hondamente filosófico que el cambio ó encanto de Dulcinea, donde el caballero ve á la princesa como zafia labradora y el simple escudero quiere verla y finge verla como tal criatura sublime y delicada? La invención del encanto engrandece á Sancho Panza y le hace digno de la compañía y del amor de su amo. Sancho, al embaucar á Don Quijote, procede como hubiera procedido el divino Platón, y en su propio embaimiento llega á creerse sus mentiras y hasta á pensar con festiva melancolía, que es el colmo del humorismo, en la confusión y apuro de los gigantes y caballeros vencidos por Don Quijote cuando vayan á buscar á Dulcinea y no la encuentren.

Más ennoblece todavía á los dos la aventura con el caballero de los Espejos. Aquí Don Quijote supera y aventaja á todos los Amadis y Esplandianes, como superan y aventajan un lanzazo ó una cuchillada reales y efectivos á cuantos se dan en el papel. ¿Por qué no se habían de conquistar reinos y tierras de ese modo? ¿Habían pasado tantos siglos desde que hacían otro tanto Hernán Cortés, Pizarro, Alvarado y Valdivia?

Pero aun esta aventura no bastaba á hacer de Don Quijote el verdadero caballero andante que es, más en la segunda parte que en la primera. Llega la cima de la obra y el más alto punto de la resolución y denuedo del héroe con la aventura de los leones, seriamente emprendida por Don Quijote y seriamente contada por el poeta, en palabras que ni el mismo Homero emularía. Homero hubiese hecho salir de la jaula á los leones y hubiese pintado con maestría la lucha sangrienta. Cervantes, más humano, más verídico, pone en el pecho de su héroe todo el ánimo preciso para concluir la hazaña y en el momento más culminante de su locura le hace volver á la razón, no á la razón de Sansón Carrasco, sino al *nous* divino que gobierna los mundos, y le dicta estas sublimes palabras:

—Cierra, amigo, la puerta y dame por testimonio... lo que aquí me has visto hacer: como tu abriste al león, yo le esperé, él no salió y volvióse á acostar. *No debo más, y encantos afuera, y Dios ayude á la razón y á la verdad y á la verdadera Caballería.*

¿Es posible hablar más claro ni significar de manera más patente quién es Don Quijote? La razón y la verdad son la verdadera caballería: la razón y la verdad que andan desamparadas y errantes por el mundo, apaleadas aquí, apedreadas allá, desconocidas de los tontos, perseguidas de los medianos Sansones, malpagadas y desagradecidas de todo el mundo y prontas á morir en el camino ó en la calle, en la pelea ó en la posada. Ese es Don Quijote y con épica homérica seriedad le pone su creador el mote más honroso, el de *caballero de los Leones*. Poco importa ya cuanto venga después. Suceda lo que quiera, Don Quijote se ha puesto frente al león, le ha provocado, ha sido capaz de vencerle. El intento vale aquí más que el hecho. La idea ha tenido eficacia bastante para persuadir, para abrir un surco hondo en el ánimo de quien atento considera la hazaña.

Después de ser el caballero de los Leones, se puede ser todo lo demás sin desdoro.

Desde esta culminante escena, la fábula marcha cuesta abajo, por los senderos floridos, por los bosques umbrosos,



por los puertos rientes. Ya Don Quijote es cuanto puede ser en la vida. Ya sólo le falta, como á su autor, aquella sublime espiritualización que da la cercanía de la muerte.

Componer un libro con protagonista, si este es de la fuerza y valer de Don Quijote, viene á ser algo así como una lucha, semejante al amor ó á la guerra entre iguales, donde no se sabe quién vencerá á quién. En la primera parte, Don Quijote vencía á su autor, le dejaba con el ánimo rendido, suspenso. Miguel era ya en 1604 el primer ingenio de España, pero aún le quedaba por doblar la cumbre de los sesenta años, aún no había hecho el duro aprendizaje de la corte. Lo que en ella se adquiere de experiencia y de conocer á los hombres, cuando el aprendiz tiene sesenta años, ya no le sirve á él para nada, pero si tiene una pluma en la mano, sirve á la humanidad futura. Lo poco que sabemos acerca de nuestra estancia en el mundo y de los modos mejores de hacerla llevadera, es decir, lo que suelen llamar filosofía, lo hemos aprendido no en nuestros desengaños de jóvenes, sino en las desilusiones y desesperanzas de unos pocos viejos que han tenido la caridad de escribirlas para que de los escarmentados nacieran los avisados. Nada hay más hermoso ni más útil que un viejo con ilusiones, que es como decir un viejo mozo, un viejo alegre, un viejo resuelto, sagaz, simpático. Las ilusiones, las esperanzas, fueron el único caudal de Cervantes, pero de ellas era tan rico y opulento que pasó con ellas más allá de la muerte y con esperanzas é ilusiones murió, sin exclamar ni siquiera como el Justo: *Todo se ha consumado*.

En la primera parte, la fiereza y el brío con que van sucediéndose las aventuras y más aún, el miedo que su autor tenía de fatigar á sus lectores, cohiben un poco á Cervantes, Don Quijote se enseñoera de su autor como de sus leyentes: Don Quijote vuelve á su pueblo vencido, mas no convencido. En la segunda parte, Don Quijote se ha aventado mucho ¿no lo notáis? Por él han pasado más años de los que transcurrieron entre la publicación del primer libro y la del segundo. Este segundo es un libro cien veces superior á todos los demás, ¿por qué? porque es un libro

cuyo principal asunto son desilusiones y desencantos de un viejo eternamente joven, es decir, lo más interesante é instructivo de cuanto escribirse puede. El primer *Quijote* no vale más que el primer *Fausto*, pero comparad las segundas partes de ambos poemas, y con ser esencialmente el mismo su pensamiento, notaréis al punto la seguridad con que Cervantes supo resolver todas las dificultades y rematar su obra de manera que á todos los tiempos y á todos los hombres dejase consolados, mientras que á Goethe le faltó en el momento más preciso la fortaleza y la confianza en su genio y lo echó todo á barato, creyendo deslumbrar á sus lectores con alardes de escenografía épica por él aprendidos en Italia. Comparad el frío que os queda en el corazón al terminar el segundo *Fausto* y la caliente, humana, melancólica emoción con que leéis el último capítulo del *Quijote*. La causa de esta diferencia es notoria, clara, y la dió aquel caballero francés que, hablando de Cervantes con el licenciado Márquez de Torres, le decía:—Si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia.—Un hombre feliz, rico, dichoso, amado, como Goethe, un viejo pagano, clásicamente impasible como él, no puede escribir la segunda parte del *Quijote*; Goethe no posee el arte que á Cervantes le enseñó la vida suya, de convertir una lágrima y una mueca de dolor en sonrisa y una sonrisa en carcajada. No poseía el Gran Pagano el *quid* supremo del humorismo, expresión la más alta á que puede llegar el humano ingenio.

Además, Goethe no era católico, y Cervantes sí. A última hora, después de haber sufrido todas las desventuras, el viejo hidalgo cayó en la cuenta tristísima de que aún le quedaba por resolver el máximo problema, el del sentimiento: y á última hora se acogió á sagrado y puso la esperanza en lo incognoscible, ya que de lo conocido no podía fiarse. A esta última ilusión, ó á esta última esperanza, supo asirse en los trances postreros de su vida. Murió feliz, porque esperando murió. ¿Percibís la diferencia? Goethe hubiera desencantado á Dulcinea y hubiese llevado á Aldonza Lorenzo al pie del lecho mortuario de Don Quijote, seguro de aquello que él mismo dijo:

La mozucla que, hecha un pingo,  
barre el sábado mejor,  
es la que con más amor  
te acariciará el domingo.

A pesar de sus paganismos y de sus refinamientos, allegados en Italia, Goethe es un tudesco, á quien tal vez en una posada ó venta no hubiese detenido el hedor de Maritornes, mientras que Cervantes... ¡ah! Cervantes, el hidalgo español, es la más acabada representación de la finura humana, y su caballero, como dice un autor inglés, el prototipo del *gentleman* de todos los tiempos, sensible á la más leve indelicadeza.

Vedle así en casa del caballero del Verde Gabán: Don Quijote no está conforme, ni con el patriarcal régimen de vida que allí se lleva, ni con las relamidas razones y los cortesanos versos del hijo poeta que le ha salido al buen Don Diego; pero Don Quijote sabe contentar á padre é hijo, proceder con la más noble cortesía, ser superior á los mejores, más fino y delicado que quienes mayormente lo sean. El caballero del Verde Gabán se pasma al ver cómo un hombre tan loco cual hace falta estarlo para acometer la aventura de los leones, habla y obra bajo techado con tan refinada cortesanía. El caballero del Verde Gabán no comprende que de la hartura del corazón habla la boca. Vase Don Quijote, y aquella apañada, burguesa, tranquila y sosegadísima familia, se queda en profunda perplejidad. Lo que Don Diego de Miranda y su esposa Doña Cristina y su hijo Don Lorenzo sintieron y pensaron al partirse de allí Don Quijote, no lo dijo el autor, quien dejó tantos placeres y regalos á sus lectores cuantos cabos sueltos quedaron en su obra, pero cada cual puede imaginarse cómo al pasar Don Quijote por aquella casa honesta y recogida del discreto caballero, pasó con él la ilusión y la alegría heroica que sólo una vez nos visita en nuestras pobres soledades.

Tampoco Cervantes estaba conforme con el modelo de vida feliz ó de *aurea mediocritas* presentado en Don Diego y en la imagen horaciana de su casa solariega; pero el considerarlo así nos lo dejaba á nosotros. Torpe hace falta ser para pensar que tras la verdaderamente heroica proeza de

los leones, ponía la pintura del egoísta y confortable reposo de Don Diego para preferirle y presentarle como una perfecta condición de vida. Amaba Cervantes á Horacio el cuarentón, pero seguir, seguía, y admirar, admiraba á Homero, que tiene eternamente veinte años. Para que más se recalcase, á la visión de Horacio en casa del caballero del Verde Gabán, seguía una visión de Petronio ó de Rabelais en las bodas de Camacho.

Créese que este episodio lo compuso Cervantes sólo para Sancho: para que Sancho engulliese, trasegara, se ahitase y largase tres ó cuatro chistes entre cuatro ó seis regüeldos: ¡error indudable! En las bodas de Camacho habla poco y hace menos Don Quijote. El espectáculo de la abundancia grosera, de la felicidad material, no turba sus sentidos ni le hace proferir una sola palabra; pero en medio de tan carnal visión, que despierta en nuestra memoria los gratos recuerdos del Arcipreste de Hita y de su pantagruélica batalla de carnes y pescados, surge la desdicha amorosa con el suceso de Basilio el pobre, y allí todo se espiritualiza, y allí Don Quijote habla, y el autor siente y canta con igual simpatía el amor de Basilio y la generosidad de Camacho, como quiera que, al final de la vida, Cervantes se encuentra persuadido de que tan de estimar es un fino enamorado, pronto á matarse ó á morir por el amor, como un rico espléndido á quien no le duelen liberalidades.

No piensa entonces Cervantes ni lo mismo que Don Quijote ni lo mismo que Sancho, sino al par de los dos. El contraste va fundiéndose, la diferencia radical esfumándose, el autor haciéndose cargo de que una es la naturaleza humana, explicables todas sus contradicciones y conciliables sus antagonismos.

Antes que Kant y con mayor claridad que él ha visto el autor del *Quijote*, y humanamente ha pintado la diferencia entre el sentido común, consenso, universal ó conciencia inferior, llamado *razón práctica*, y la razón suprema, que está por cima de los hechos y es conciencia común á éstos y las ideas, la *razón pura*. Y antes que Kant y mejor que él ha resuelto y fundido humanamente la oposición, llegando á la identidad de los contrarios, á la armonía y síntesis

superior de la naturaleza humana, porque la compañía y el trato de Don Quijote, *razón pura*, llegan á ennoblecer y educar la rastrera razón práctica, el bajo sentido común de Sancho, y todo lector que no sea un belitre percibe cómo van armonizándose los sentimientos y las ideas del amo y del mozo, subiendo éste algo, bajando aquél un poquillo, hasta ser uno los dos espíritus. Nótase, con esto, cómo los disparates de Sancho en su grosería y las sinrazones de Don Quijote en su inaccesible sublimidad, van trocándose en discurso razonable, humano y proporcionado. Se entrevé aquí el vislumbre de un sistema de régimen y educación social del escudero por el caballero y viceversa, que ya tenía sus raíces en muchos libros medioevales, como los de D. Juan Manuel. Cree Cervantes en los superhombres como Don Quijote y el licenciado Vidriera, pero más racional y más bueno que Nietzsche, no los separa del vulgo, ni los hace despreciarle y zaherirle, sino que los aproxima á él, y con ello da un alto ejemplo de filosofía. No conocía el benigno Miguel esas petulancias y odiosas palabras despreciativas del literaturismo reciente hacia la gente humilde: para él no había *burgueses*, *filisteos* ni *vulgo*, en el mal sentido del vocablo.

Pero el libro de caballerías sigue adelante y á la poderosa inhalación de realidad prosáica que los dos héroes acaban de recibir, es menester que suceda algo tan disparatado, increíble y fantástico cual el relato de la cueva de Montesinos. Aquí surge un nuevo ligamen secreto entre Don Quijote y Sancho, ya unidos irremisiblemente por el encanto de Dulcinea. Movido quizás por la socarronería del primo del licenciado, de aquel estudiante que acompaña á señor y escudero en la excursión á la cueva y cuya presencia y palabras perturban y desasosiegan á los dos, no acostumbrados á que nadie se entremezcle en sus coloquios y aventuras, Sancho no cree nada de cuanto Don Quijote ha dicho ver en la cueva de Montesinos. Por su parte, Don Quijote no está muy seguro tampoco de que todo ello no haya sido una pesadilla suya: y esta admirable, esta soberbia dubitación, de tanto valor clínico, le coloca á Don Quijote en el caso terrible de un amo que, por algún estilo, es

inferior á su escudero y ha de vivir, en cierto modo, atenido y sujeto á su misericordia y bondad. Así tal vez en la vida nuestros mejores intentos se malogran por una nonada que amarra nuestra existencia á la de un ser que vale menos que nosotros y nos agua las fiestas y nos apaga los entusiasmos. ¡Cuántas veces no se halló Cervantes en esta misma situación!

Pocos pasos después, aparece la misteriosa, la épica, la formidable figura de Maese Pedro, á quien Cervantes amaba como á una de sus más bellas creaciones: y para que sea aún más interesante, Maese Pedro lleva consigo á su enigmático mono, cuyas muecas y brincos nos causan tan profunda é inquietante impresión como los saltos y ladridos del perro Montiel en el *Coloquio de Cipión y Berganza*. Nadie mejor que Cervantes ha logrado soliviantar el ánimo de sus leyentes sacando de la inagotable realidad estos animales dotados de inteligencia, que nos paran pensativos y soñadores. Con pena se despide el gran creador de la hermosa figura de Maese Pedro, jurándose continuar con más espacio sus fechorías. Pasa, tras esto, la aventura del barco encantado y cuando ya el bobo lector puede creer que la corriente de sus sucesos va á arrastrar á Don Quijote como á tantos personajes de la novela escrita y de la vivida, el encuentro del andante hidalgo con la duquesa introduce al amo y al mozo en un nuevo y desconocido mundo.

Los veintisiete capítulos que tratan de las aventuras de Don Quijote en el palacio de los duques son considerados por muchos como lo mejor de la fábula. Cervantes puso en ellos las más graciosas aventuras, los más variados incidentes, todo cuanto podía hacer por animar la narración.

En ellos el lenguaje se ennoblece, el diálogo es más vivo que nunca, la descripción más rápida y sintética. Nada hay que no pudiera haber ocurrido, ya en el castillo de Pedrola, donde habitaban los duques de Villahermosa, condes de Ribagorza, señores de la casa real de Aragón, ya en cualquier otra mansión señorial, como la que el privado Felipe III poseía en Lerma y otros nobles y grandes señores en diferentes lugares. Todo pudo pasar tal como se cuenta y todo pudo crear en la mente de Don Quijote nuevas ilusio-

nes que renovasen y agravasen el empeño y creencia de sus caballerías. Los sucesos van hilvanándose, de suerte que amo y mozo se vean envueltos en la ficción y á ella sometidos y con ellos el lector, quien tampoco discierne dónde empieza la comedia y dónde la realidad, como en ésta ocurre á menudo.

Hay en estos capítulos un equilibrio inestable de razón y locura, de lógica y desvarío, que es, á no dudar, el gran secreto de la vida humana, el que sólo Cervantes y otros pocos filósofos como él poseyeron. La bienhechora idealidad de Don *Quijote* iba poco á poco infiltrándose en los ánimos más duros, primero en el del simple y bueno Sancho, después en los de las gentes sencillas del pueblo con quien ha tratado hasta entonces: sólo en el palacio de los duques, donde residen personajes de la más elevada sociedad española, aun cuando en algunos momentos parezcan el duque y la duquesa tomarle en serio, la verdad es que desde el principio hasta el fin, se le considera como á un loco, bueno para divertirse con él. Sólo en aquellas almas cortesanas, habituadas al fingimiento y á la mentira, no hay un poco de compasión para el caballero del Ideal. Sólo allí se burlan de él y no le comprenden. ¡Oh, bien sabía Cervantes y bien conocía lo que eran los señores cortesanos, como el duque de Béjar, el conde de Saldaña y acaso algunos otros á quienes se había dirigido demandando protección!

Las nobilísimas, las delicadísimas palabras y las caballerescas acciones del Ingenioso hidalgo manchego, tal vez Miguel se las representaba como suyas para el caso de verse en aquella abundancia y nobleza: y quizás, desengañado y convencido por fin de que nada podía esperarse de la alta-nera, desconsiderada, frívola, ignorante y burlona aristocracia de su tiempo, ó quizás sin querer, dejando volar la pluma, hacía salir del castillo á Don *Quijote*, pasadas todas las aventuras y desventuras que en él acontecieron, como hacía salir de la ínsula Barataria á Sancho el grande y el bueno, sin que en las volubles é inconscientes almas del duque, de la duquesa ni de sus criados, quedase una suave memoria de las discretas locuras del caballero andante ni de las humanas simplezas del escudero. Cuantos, antes y

después que los duques, habían tratado á Don Quijote, al despedirse de él le querían ó le admiraban ó cuando menos se compadecían de sus desvarios y recordaban sus razonables discursos y alababan sus loables propósitos y sus sinceros y honrados sentimientos. Nadie, ni siquiera Ginés de Pasamonte, habiendo hecho daño, molestado ó perjudicado una vez al buen caballero, se sentía capaz de segundar en sus malos procederés. Solamente los poderosos duques habían de ser tan inhumanos, que al volver el pobre caballero, vencido, de Barcelona, aún le preparasen una siniestra y ridícula mascarada sin gusto ni arte, como broma refrita y manida que de las que anteriormente imaginaron les sobró, cual es la de la muerte de Altisidora.

Mentira parece que haya habido quien califique á los duques de muy discretos y delicados y no advierta que precisamente ellos son los únicos indelicados, groseros y torpes con el Caballero, cuyas palabras habían bastado para urbanizar y acortezanar á pastores y aldeanos y para levantar á lo sublime el bajuno y villano carácter de Sancho Panza. En el palacio de los duques, el verdadero duque, el gran señor, el digno de ser respetado y servido es Don Quijote. ¿No os hace pensar algo el hecho de que á Don Quijote le entendieran y le estimaran los cabreros y no le conociesen ni le comprendieran los señores de alta sociedad? ¿No recordáis que Jesucristo nunca entró en ningún palacio y que le amaban solamente y le seguían los pescadores y las mozas de cántaro y las del partido? Vano es—Don Quijote lo acredita en esos veintisiete capítulos magistrales—llevar un ideal arrastrando por las aulas regias, implorando la protección de quien nunca le vió á la necesidad el feo rostro. No se predicán ideales ni se prometen edades de oro bajo techos de artesón, ante mesas ricas, so bordados reposteros, ni el predicador eficaz se sentó nunca en sillones muelles de terciopelo blasonado. Las ideas grandes requieren ser lanzadas con el cielo sobre la cabeza, con una piedra por púlpito ó por asiento, con un árbol por dosel, teniendo por oyentes hombres y mujeres á quienes el sol tostó las faces y la doblez no les arrugó los corazones. ¿Qué sabían ni qué entendían de estas cosas el duque y la duquesa?



Alegre por demás sacaba á Don Quijote su autor, del palacio ó castillo de los duques y le volvía á poner en el camino.

En la lucha perdurable, una vez más el camino había vencido á la casa. Tornaba á sus andanzas el caballero y por si no era bastante claro todo lo anterior, tropezaba con el valiente, discreto y generoso bandido Roque Guinart, ó Pedro de la Roca Guinarda, tatarabuelo de Carlos Moor y de los ladrones generosos de Schiller y de toda la caterva y numerosísima familia de estos grandes arregladores de la sociedad injusta y parcial. Después de Don Quijote, no hay en todo el libro personaje más simpático, más humano, con más claro concepto de la vida que este buen bandido Roque Guinart, en quien Cervantes ve, como ha visto siempre en los de su laya todo sagaz pensador, no otra cosa que un hombre resuelto encargado de compensar á su manera las irritantes injusticias y de reparar con el atropello brutal los nefastos errores y crímenes de una sociedad que se empequeñece, se acoquina y se adapta gustosa y cobarde á un régimen de caciquismo y de favoritismo, como el que entonces nos aquejaba ya y del cual aún no hemos podido librarnos.

Roque Guinart es el reverso y el contrapeso del Duque de Lerma: no hubiera existido Roque sin el duque. Vienen á veces en la historia rachas como esta, en que al bandidaje de las alturas responde otro esparcido con abundancia por los campos y que sólo á los directamente perjudicados por él inspira odio y repugnancia. Nadie aborrecía á Roque Guinart como nadie odió á los Siete niños de Écija ni á José María. El sentimiento ó el presentimiento de una justicia superior á la prostituída y corrompida en manos de jueces venales y de escribanos ladrones ha existido siempre en el pueblo. Tal sentimiento dictó las páginas en que Cervantes habla de Roque Guinart con tanta admiración como cariño. Las memorias de su juventud y de la vida libre de Italia regocijaban y refrescaban la mente del anciano escritor al pintar una vida envidiable como la de Roque Guinart: libertad con riesgo, con grandeza y bravura, era lo más estimable en el mundo. Obsérvese cuán finamente, cuán honda-

mente nota el autor del *Quijote*, el soldado de Lepanto, cómo el heroísmo español ha ido á refugiarse en las sierras fragosas y anida en los corazones de los bandidos, porque ya hace tiempo que le arrojaron de la corte. Roque Guinart es el primero de todos los capitanes de ladrones que reemplazan en la realidad y en la poesía épica popular á los antiguos capitanes de soldados: es un descendiente de don Juan y de D. Alvaro, de D. Lope de Figueroa y de D. Manuel de León. Llevadle á América y no se llamará Roque Guinart, sino Francisco Pizarro. La vida aventurera de Roque entusiasma al escritor hundido en las plebeyías y estrecheces de su *antigua y lóbrega posada*, piso bajo de la calle del León. Con esa vida sueña y no con la regalona medianía de D. Diego de Miranda.

Por desgracia, el tiempo de los heroísmos ha pasado. Es menester que el caballero de los Leones sea vencido y que su vencimiento llegue en solemne ocasión, de modo que no vuelva á erguir la altiva cabeza. Para ello elige Cervantes á Barcelona, la hermosa, la noble, la valiente, la rica. La alegría que en ella reina es el mejor fondo para «la aventura que más pesadumbre dió á Don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido». Leamos y releamos esta aventura y no dejaremos de caer en la cuenta en que modernamente se ha caído del profundo simbolismo que encierran todas sus partes y sobre todo, las tristes, las dolientes, las desmayadas y flacas palabras del desfallecido y derrotado caballero. Aquí puso Cervantes lo mejor de su corazón, aquí sacó el dón de lágrimas que poseía como pocos escritores de los nuestros. ¡Quién no se siente conmovido al ver derrumbarse en este caso el castillo interior, el ensoñado alcázar de las ilusiones de Don Quijote y no se compadece de él y de su pobre caballo, cuya flaqueza tiene algo de humana debilidad! ¿Quién no llora leyendo la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quijote para colmo de humillación y de baja? ¿Y á quién no saca por última vez de la melancolía, por tales sucesos provocada, el ver cómo Don Quijote, al igual de su autor, sabía sacar nuevas ilusiones y esperanzas nuevas de las cenizas de las que acababan de hundírsele y quemársele y, no repuesto aún del amargor

de su vencimiento, soñaba con entregarse á la dulce vida pastoril y al cultivo de la apacible poesía de los campos, como quien sabe ya por sangrienta experiencia que en los campos encuentra la verdad quien la busca ó la piadosa mentira quien de la verdad está desengañado?

Llegan, por fin, Don Quijote y Sancho á su pueblo, abatidos, derrotados, pero alegres con la resolución bucólica que toman. Una liebre cruza el camino, perros la siguen: mal agüero es aquel. Unos muchachos pronuncian al descuido algunas palabras que misteriosamente pueden ser interpretadas. A Don Quijote le recorre el cuerpo un escalofrío de terror.

Don Quijote entra en su casa, cae malo, vuélve á la razón, muere. Una imponderable y grandísima pena inunda nuestro ánimo. Lloramos la muerte de Don Quijote y el renacer de Alonso Quijano el bueno: nos apesadumbrá no tanto el que Don Quijote muera como el que muera convencido de que antes había estado loco. Nos parece un nuevo engaño su desengaño, una nueva ilusión la pérdida de todas sus ilusiones: y viéndole morir y oyendo sus palabras, á las que ningunas otras igualan en grandeza y sencillez, á no ser las del Evangelio, pensamos todos en nuestra muerte y recorreremos nuestra vida y reconocemos nuestro error, y tememos que aún nos queden nuevos retoños de ilusiones en el alma, los cuales, con acerbo dolor nuestro, han de ser arrancados ó destruídos.

A este íntimo arrancamiento de todo nuestro sér que la muerte de Don Quijote nos causa, no ha llegado ningún otro escritor conocido. Aquí Homero cede, calla Dante, Goethe se esconde avergonzado en su clásico egoísmo. Sólo Shakespeare puede mirar con ojos serenos esta gloria superior á las demás humanas, porque sólo él, como Cervantes, supo convertir una lágrima en sonrisa y una sonrisa en carcajada, y al final, trocar la carcajada en sonrisa y hacer que la sonrisa vuelva á ser sollozo.

Y Cervantes, luego que tal hizo, como Dios, *vió que era bueno*.

Así es como, según mi humilde entender, se hizo *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

